

LOS ASOMANTES

Mileva Impala



Capítulo 1

ASOMANTES

AVISO MUY IMPORTANTE AL LECTOR

En el espacio está todo mezclado, todo. Los líquidos, los sólidos, los sonidos, los sabores, las emociones, la física y la tragedia. Se puede volver en el tiempo y suturar historias sin réquiem. Salvar-se. Volver a conocerse, conocer. Es un viaje no recreativo. Hay que ir solo.

Einstein me dijo: "tu imaginación es tu fuerza" y cada parte del cuerpo se manejó independiente. Fui todas. Pude moverme de maneras extrañas y asustar monstruos asomada en las paredes de sus dimensiones.

Entendí una mínima parte del todo conmigo en él. Mis manos fueron pájaros el primer viaje. En el segundo, los pájaros cruzaron la ventana y salieron. El tercer viaje los pájaros me picaron, entonces yo los mordí como a ciruelas y sangraron o jugaron, no sé, pero me hundí en la tierra de a una, mitad de flor, mitad de piedra.

Los viajes siguientes me curaron de cualquier miedo, culpa, dolor o recuerdo vivo que sobraba. Me dijeron "quedate quieta" y pude ver con los ojos cerrados. Ya se dijo que somos microcosmos, y quién lo dijo, manejaba muy bien la alquimia.

Úrsula corrió hasta el campo de los dioses del abecedario buscando las respuestas que la salven del bloqueo. Saltó y saltó por oraciones con los ojos pegados hasta que cayó en una O mayúscula y desapareció. Siete metros hacia abajo pensaba y tosía relámpagos.

Úrsula, que todo lo decía quedó muda, a punto de morir enterrada en una tormenta de mayúsculas.

Sólo un hechizo podía salvarla, y pronunció entonces su verdadero nombre.

.

Entropía gritó Balaur. El Big Bang fue el momento más organizado y ordenado de la historia, desde entonces el universo no para de desordenarse y avanzar.

Al moverse diez a los veintiocho metros en otra dimensión el cuentahistorias, que puede ser cualquier persona o animal sin importar edad, genero, conocimientos o creencias, comienza a escuchar el dictado por su radio. El arcón de idiomas en su interior es como la inflación

caótica eterna. Todos quieren saber, nadie quiere el poder. iajamos en el tiempo hacia el futuro. El tiempo es una dimensión más, como el espacio. Cada uno tiene su reloj. Campos magnéticos, camas elásticas espaciales y ¿Cómo medir un átomo? Nébula llega pintada con polvos de colores. Enteógenos durante la pesca nocturna, se hamacó y hamacó, pero no entendió la tinta del pulpo. Del otro lado de la brana alguien grita con una pinza en la mano que está haciendo tierra. Todos vemos el mismo Dios dentro de esa planta. Se corta la luz. Es una partícula y una onda, como un cilindro que es un cuadrado y un círculo. Cada uno desde su ángulo está defendiendo su interpretación a los gritos. Y después está Pergamina, las brujas de hielo, los números carnívoros, el ejército de letras...

BALOUR

Balaur apagó el cigarro sobre el hueso, y corrió a buscar una pluma y un tintero del mismo animal. El origen no dejó de molestarlo durante cada amague del farol.

Afuera llovía, y la única estrella que no había logrado convertirse en flor, dejó caer su luz sobre los malditos.

Tembló junto a las ventanas y las puertas, tanto que fragmentó su concentración.

Mogarne, coberno, cadévar, cadero, cornare, pálvoro. En el aire se mezclaban todo tipo de distracciones.

Un huésped lingüístico, lunático y aburrido aceptó trabajar para la estrella que había fracasado a cambio de perversos paseos nocturnos.

El meollo pedía auxilio en el pecho del autor, pero éste no podía liberarlo. La súplica de una historia sin origen pedía nacer, más sólo existían líneas de humo.

Prendió otro cigarro y se desnudó. La flor de la estrella se abrió, y dejó a Balaur escribir tranquilo.

INVIERNA

Invierna nació en una luna eléctrica reflejada en un paisaje rumano de agua.

Alguien debía proteger el arcón de idiomas y ella quería ocuparse (a cualquier precio) para saber qué sienten los que mutan.

Pergamina, su hermana y enemiga, para contradecirla encendía malvón y antigüedad cerca del sueño de las fotografías, con estrellas oscuras y sin

Mitchell.

Invierna no sabía llorar, entonces cantaba, y le daba rebote a la maldad unicornio de su tonta hermana.

Las palabras son llaves. Y sólo se acepta un héroe por alucinación.

El trabajo de Invierna es el miedo. Para dejar esa tarea tiene que lograr el reconocimiento del rey, recién entonces podría proteger el arcón. Deslumbrar, alambre, eléboro negro, cerdos tatuados, cornezuelo de centeno... El huésped, aún no lo sabe.

Hojas de metal sobre pieles desmontables amenazan su camino. La garganta muchas veces es un ancla. Una cuna en el medio del campo. Una casa de pasadizos secretos.

Invierna sigue ahí vestida de rojo oscuro, esperando a Oriente su caballo ancestral para ir a llevar el pedido. Los Asomantes le encargaron máscaras nuevas, a tono con el pánico de la época. Antes de irse, Miserio Lupo, un vecino del barrio de Floresta que tiene un local de argumentos por el pasaje Tacuara se acercó para besarla, y le dejó el mensaje que la colonizó desde su cuerpo fructífero hasta su hifa. La absorción atravesó huesos, piel y papel. Miserio gritó "noaptebona" y el rugido fantasma del caballo desapareció con la noche en su anillo de plata.

Cabalgó en pétalos cóncavos. Los ecos de los navegantes retumbaron al verla en los espejos de casas vacías de rabia y fascinación. Algunos soñaron su viaje, otros despertaron con miedo. El beso fue un mensaje claro.

Al llegar al castillo subterráneo, Invierna dejó libre a Oriente y se lanzó a nadar antimateria hasta la entrada. La anfitriona de las preguntas borró las sombras y los errores de la torre submarina. Brujas de hielo y números carnívoros ladraron burlas. El tiempo intentó espantarla. Llegó con las máscaras a pesar de todo, como debía ser, sin excusas.

Abrió su cuaderno café, y mostró sus diseños al rey de los Asomantes. La mujer de los signos de preguntas explotó en signos de exclamación de mercurio, que con los ecos se diluían en la luz y con la respiración de Oriente a lo lejos, volvían a juntarse. El rey aceptó. Invierna entonces comió los hongos frente a todos y luego orinó en su copa con dibujos de lava y clavel. Cascabeles y campanas se escuchaban en la superficie. Los cuernos sonaron y el rey en un fondo blanco desapareció de poder.

Todos los que trataron de espantarla en la entrada, luego le pidieron ayuda para volver a su dimensión.

ROMOS

El ejército de letras se formó para ir a la vida de los Romos. Seres que pueden escuchar más de un mundo a la vez, incluso ver otras dimensiones. Reciben a diario mensajes indescifrables, que, en la mayoría de los casos en lugar de ser traducidos, enferman de terrores y empujan a la muerte.

Las letras y sus máscaras se asoman mientras los Romos cocinan, crean, leen, se bañan o tratan de dormir. Nunca se dejan ver por completo. Siempre sonríen bajo su máscara seria.

Los Romos son artistas, y creen en los dioses del abecedario.

CARDOMOMO

Nevaron pensamientos en la habitación de Cardomomo. Sus párpados apretados cerca del rayo caliente se volvían dos pantallas rojas de revelaciones a kerosen.

El tiempo iba hacia atrás si él quería. Las personas atrapadas en perros estaban rabiosas, y por la boca escupían en la cara de los cuerdos espuma cuántica.

El miedo es una de las llaves de las dimensiones que no se ve, que con toda el alma tratamos de percibir y no están, porque nos faltan explicaciones y matemáticos, o nuestros sentidos son inútiles en este universo. El miedo es un portal que quema, mientras nos dan descargas eléctricas programadas al señalarnos arañas, serpientes, y hornos. Para mantenernos conformes y quietos en su aburrida tridimensionalidad los capitanes y los médicos, nos suben a un tren imaginario impuesto, ilógico, inventado. Una burla para las once dimensiones. Y para nuestra interpretación, nuestro instinto y lenguaje.

Una sola dosis de psilocibina equivale a un año de terapia, o más.

Cardomomo vigila la psique. Empuja sombras en dos de los cuatro polos con sus ojos simbólicos. No le interesa materializarse, le gusta su trabajo. Ser fuerte en silencio, vivir inmóvil, como un fantasma descubierto por Einstein. Toda la galaxia cabe en su mandíbula, y cuando él bosteza suben las plumas al cielo.

La sinfonía que suelta al atacar es drástica, superflua, cúpula. Son naves sus gritos llenos de catástrofes góticas desordenadas cronológicamente.

Marañas vernáculas, guerras sin fin, ordalías de hierro y voces sin hueso.

Se ven las puertas rebalsar lava metálica y cruda como la desesperación.

Cardomomo no se ve, pero asusta.

ALMANACAS

Las Almanacas son las que reciben las ondas sonoras en la puerta del laberinto de Cartilaga. Actúan con cuerdas si aceptan el mensaje, con percusión si hay peligro y con viento si viene Nébula. Viajan en arcas por una selva sin colores.

Se perciben volcánicas, indias, rondas. Su temperatura musical activa su ángulo voltio. Dinamita en su corona delta y malevaje. Radios en yugo para la interpretación.

Los bombarderos esperan muy cerca de ellas la transformación en su trono.

Construyen puertos imperfectos y después se quejan. Eso a Cardomomo lo altera.

Sabe que es intencional entonces no puede ser débil y reaccionar. Quiere romper el nido de hueso y besar Almanacas a cambio de runas con explicaciones que salven la lengua. El laberinto de Cartilaga es doble. Algunas veces se inunda de abejas que no conocen los atajos. Otras de instrumentos animales, otras de atmósferas que aceleran el corazón lejos del sol.

Neumas calientes son los días de los mensajes que se pierden ahí dentro. Los que murieron vencidos en esas ruinas, lo hicieron bajo el efecto del acorde producido al inicio de otro mundo. Dejaron su dimensión como látigo para convertirse en círculo. Y Cardomomo al entenderlo desde su nido, se pixeló en blanco y negro para soltar su molécula idéntica y eternamente lejana.

Lo que en el pasado se consideraba alucinación, hoy se ve como creación.

Personajes que lograron viajar desde el futuro hacia atrás para poder elegir sus nombres. En el campo de los dioses del abecedario la armonía geométrica no existe. Se sueña con frecuencias sonoras levantándose como olas de fuego.

Nébula es nieta de una rumana sin documentos, que parió maldad por Flores. Su abuela se cansó de ser humana y se transformó en una letra

mayúscula entre vampiros y héroes. Nunca estuvo de acuerdo con nadie. Su maldad desmedida mutaba en cocodrilos y motores. Por eso Nébula comanda los barcos de la confusión. Por bronca. Por venganza. Porque está segura de algo: quien pueda traducirla va a salvarla. Quien no le tema, va a descifrarla. Así entonces dejará de pensar en Cardomomo.

El tiempo y la fuerza que gastamos en entenderlo no valen la pena.

Los sonidos, las interpretaciones de ondas, la dopamina, el sueño, el cordón de conocimiento sagrado que nos limpia de impulsos impuros, los astrolabios imaginarios... En eso debería transcurrir nuestra oportunidad de entender.

El misterio y su mapa borroso nos esperan en el pozo de Úrsula.

MAMBERA

Quiso golpear la puerta, más todo su esfuerzo fue en vano. Para cruzar al portal 1557, uno primero tiene que plantar focos quemados (lámparas que ya no prenden).

En cualquier balcón o patio que éstas se siembren, se podrán observar al día siguiente flotar llaves holográficas. ambera sembró y esperó. El tiempo se había escapado por un espiral de humo y aceleración. Los cisnes guardaban bajo su ala derecha una llave antigua y pesada, y con eso se defendían de los observadores.

Los dioses del abecedario señalaron la puerta de ópalo azul. La entrada al local de los argumentos, el fin de los desesperados. Mamba negra, o Mambra como le dicen los pájaros, cruzó de nube en nube buscando la otra punta del rayo para que no caiga directamente sobre Nébula.

Ella es como una jaula gigante sobre el océano. Durante la noche le susurra citas de grandes pensadores jamás editados a los turbios. Se espanta con rombos y divinidades. Y colecciona cocodrilos en ojos verdes. No es mala, pero es muy distraída. Juró desterrar las Almanacas del oído humano y enviarlas a mentes infértiles y deshabitadas de guardianes, y lo olvidó.

Todo por ella. Que había roto su promesa de dejarla ser un huésped libre en los rotos. Pasó una tarde oscura, y las manos mordían animales para alimentarse de muerte. Y los lúcidos por no odiarse entre ellos, señalaron al electrón como onda, y se fueron de la conversación gesticulando "nada".

Las Almanacas al verse rodeadas de sombra y poder, intentaron salvar sus templos subiendo el volúmen hasta dejarlos sordos. Pero Mambera logró filtrarse igual en los desequilibrados y mediante ellos, largó su mensaje: "H y J son angiospermas. Se pelean por ser cuerdas y escuchan pulpos. Las plantas también tienen espíritus malos y durante el mareo se reinician. Acostumbre a mojar sus ojos y manos con plantas así, y su inspiración se volverá caleidoscópica. Sin mareo no hay canto, y sin ícaro la selva es el pozo. Tortugas muertas trae el yobé para descascarar el mito. Pero nadie le cree si Úrsula está despierta." Una dimensión psicotrópica se abrió en los malabares de salvación de las Almanacas.

El corazón depende del territorio. Los flashes, los sueños y las alucinaciones se activan en tiempo bismuto. El juego entre la materia y la mente es gracias a la alteración de la conciencia y la mecánica cuántica.

Mambera no deja que nadie conozca el origen. Desactiva las lianas, y se ríe junto a pensamientos muertos en seda. A veces falla por distraerse mirando los cisnes, y es ahí cuando en algún balcón flota una llave con enlaces.

Mensaje-sueño o llave holográfica: ámpara, Pangea descargada, muteloto, rampalupa, planisferio. Al cuerpo nada lo trama como la palabra. La otra dimensión no está al derecho. En el éter todo está mezclado, y su infierno está al espejo. Tuerce el pincel la fuerza y el ruido es movimiento. Gravedad y aceleración (todo vale) La incógnita está en el peso. Al átomo nada lo mide, y el rebelde, es azulejo.

La raza es una estampa que carga la desgracia, muchas veces es culpa otras victoria. La raza y la memoria nos sacan del mapa. Y los cantos que unen lanzas y derrotas, cuerdas y bombas, cruces y tropas. La raza y la tragedia, la sangre y la gloria. Banderas y coros, ni sello ni logo. Libertad, longitud, temperatura, piel hueso y papel. Origen y tortura.

No te conviene saber.

GERANIO CALAMBRE

Geranio Calambre es un ropavejero en un barrio que desprecia la cultura. Sus pensamientos se representan con aviones de papel de libros salvados en incendios, o con el polvo que entra con la luz de los rayos del sol por las ventanas a las tres de la tarde. Geranio tiene treinta nietos y aun así se siente solo.

La séptima generación de ropavejeros en la familia, puntual todos los días arranca su camioneta haciendo puente, se moja la cara con licor de morfina y sale a comprar lo que la gente descarta por viejo, o considera

insoportable.

- ¡Compro argumentos, presagios, secretos, historias compro señora!
¡Luces que no prendan, hamacas embrujadas, cruces, escobas, tizas
compro! ¡Compro gritos, peleas, dramas, espejos rotos compro señora!
¡juegos incompletos, libros sin prólogo, lápices sin puntas, sogas sin
manijas, fotos, autitos y pelotas compro!.

Él colecciona pruebas.

Geranio les tiene miedo a los lobos, y día a día se empuja a perderlo, pero no lo consigue. Sus compañeros del barrio fueron devorados por estos animales peludos que odian los oficios, y enviados a la indigencia hacia otro barrio, porque en éste ya no es posible ser pobre a la vista. Salvo que te la aguantes y fundamentes, pero eso es de tauras.

El afilador, la despertadora humana, el lechero, la colchonera, el farolero, el cazador de ratas, los resucitadores, el vendedor de ajo de las diez de la noche, todos ahora, abrazan el recuerdo del oficio en un parque increíble, lleno de fuentes agua. Lo abrazan, porque es lo único que pueden hacer frente a los nuevos vendedores y asistentes públicos del caos.

Junto a los capitanes y a los médicos estos funcionarios convencen a la gente de obedecer, y los sumergen en un ciclo dónde el único que gana es el que cobra, salvo el que cobra y tiene que gastar todo su sueldo en pagar deudas de seguridad privada, pre-pagas, o mala educación.

El santero, el barbero, el canillita, y el limpiabotas siguen escondidos simulando ser estatuas frente a una situación de enfrentamiento con la fuerza, como un roedor frente a un perro. ¡Compro voces, fantasmas, pesadillas, desvelos, frascos vacíos con aroma a café, volturnos oxidadas, vinilos, gatos, educación compro señora!

- ¡Espere, espere Genaro! Tengo en mi casa para venderle un Asomante, viene todas las noches, ya ni puedo bañarme tranquila, ¿cuánto me da por el engendro?

- Si se lo compro madame, usted no va a hallar en que emplearse.

-Claro que sí, voy a poder leer tranquila.

- ¿Qué lee señora?.

- Espectáculos y esas cosas, lo que pasa en la televisión de hoy, lo popu. Aparte a usted que le importa si sólo es un ropavejero.

-Tiene razón señora, a mi nada me importa de esos temas, y es por eso que Asomantes no compro. Definitivamente usted le dio mal uso a su

inteligencia y ahora es perseguida por fantasmas bancarios. Ojalá se la coma el cuco. Hasta luego. ¡Compro parlantes, yerba, fascinación, limbos, radios compro señor! ¡calcomanías, baúles, flores, instrumentos, pósters de los setenta, plantas muertas, recortes de diarios, planisferios, lupas, libertad, rebeldes de Floresta compro señora! Ya vivió el mal trago una vez Geranio Calambre de comprar un Asomante y maldecir la hora de haberlo hecho. Fue en un local de antigüedades por una avenida con erre. Pasaba como todas las tardes y saludaba al vendedor que era uno de los que aún contestaban el saludo.

-Geranio querido! pasa, tomate un mate que tengo algo para vos. Está arriba no va a bajar así que subí.

Don Calambre se atrevió a ascender lentamente por la escalera caracol del fondo del local de Femenía Hnos, y tosiendo polvo entre vitrolas y máquinas de escribir sintió que estaba por aparecer algo aterrador. Al cruzar la puerta y ver que la luz no encendía se arrimó a la persiana baja, pero que dejaba entrar la luz, y vio florecer sus propios pensamientos. En ese éter cotidiano de ondas y partículas pudo distinguir cual holograma la misma habitación en otro lugar, y sentada en un pesado y viejo escritorio una nena de tres años comiendo mandarina.

Cruzó su mano para saludarla y saber si ella lo veía, más su intento fue inútil porque atravesó la imagen y escuchó a una mujer llorar.

Con el corazón acelerado se dio vuelta y gritó

-tráeme otro mate que ya casi lo agarro.

Se levanto las mangas de su pantalón y se arrodillo para mirar abajo del tumulto de máquinas, y en un rincón un bollo negro parecía ser lo que estaba buscando, un Asomante escondido parecido a un linyera con cabeza de carnero.

- Una escoba por favor, ya casi lo tengo.

- ¿Para qué quieres una escoba Geranio? isólo va a salir de ahí si huele tu cansancio o tu miedo! Entonces el ropavejero se puso a pensar en lobos. Y la nena del holograma se levantó y le ofreció mandarina al monstruo que ya estaba de pie y en silencio.

La nena del holograma al ver que el Asomante se mostró por completo y no aceptó la mitad de su mandarina, salió corriendo de la habitación a buscar a su madre. Y en la otra dimensión se llevaban en una bolsa arpillera a un diablo noble y mudo a la rastra.

Al llegar a su hogar Geranio lo soltó e inmediatamente se escondió en el margen de una pared. Cada tanto un cuerno se asomaba y se escuchaba

clavarse una pezuña en el cemento. El ropavejero le tiro un plato hondo de sopa de letras cerca, y en cuatro patas el demonio se tragó el plato y todo. Geranio al verlo quieto y en esa posición alucinó ver un lobo, y salió corriendo por los techos dejando al pobre diablo sólo entre multiversos cambalaches.

Nunca pudo volver a entrar de noche, y la nena se mudó con él.

Desde entonces el ropavejero duerme en la camioneta, y todos los mediodías es invitado con una seña de desprecio a almorzar a su antiguo hogar. Debe comer sin conversar y apurado, sino el diablo se transforma en un lobo negro y la nena en escritor.

.

Luego se llenaron del espíritu líquido sus labios y con las manos muertas o abiertas, cada noche de antibióticos tuvo viajes astrales pensando que la podía encontrar.

Nébula se ocupó de los píxeles, Miserio de los fanáticos. Todo alrededor parecía querer comunicarse con la casa de las historias clínicas, y estaban por vomitar creyendo que la oscuridad se les había volcado de la aorta.

Releyeron. Entonces recordaron haber muerto. Seguirán soñando mares de tinta y sangre pintándoles el cuerpo, y la invitaran a cuadernos blancos y voces de acero que no cuentan nada. O se pondrán en posición Goya, y gritaran por la ventana historias de odio, aunque no puedan terminar con la injusticia, o llegar a las puntas de los rayos.

No dejan de leer para que no se les pierda la voz, creen inocentemente que el Dr.

Casquero podría encontrarla y hacer con ella un nudo. Que si vuela el sonido cuando el cuerpo se le apague reiniciarán con su propio DMT la resistencia.

Bruna y Cardomomo tienen la señal. Él se sentó a tocar en el cordón de la vereda el acordeón, cerca del pozo, para que ella salte haciendo el ocho.

Pusieron las noticias y escucharon a la madre mil vomitar en dominó.

INVIERNA WINS

Invierna esperaba acostada sobre el arcón de idiomas la noche. Bajoterra las raíces se contaban la orgía de los pájaros de diario. Su glándula pineal desaceleraba secuencias Fibonacci y Oriente jugaba a asustar pulpos.

Cayó una balanza del cielo y peso unos gramos para la cena a la vez que se exprimía un limón. Masticó y masticó el hongo mágico y se elevó hasta su tumba de transformación. Al llegar el efecto interactuó con objetos vivos y no vivos durante el principio de un sueño lúcido. Estirándose y acurrucándose lentamente sintió disolverse en el todo.

Un fractal océano de atlas alfa, sostenía centauros viejos atando y cortando hilos divinos, mientras sincronías de lotos rubí abrían cuerdas. En la oscuridad de triskel un ventilador y una urdimbre de ilusiones ópticas iban hacia su cara.

La esperaba un visionario en el circo de tótems, con un cartel que decía que todo lo que vea tendrá su raíz en otra dimensión. Un mono verde oscuro metalizado venía adelante de un Bafomet para empezar a limpiar su recuerdo de cualquier ser que no la haya amado. Era el inicio de una guerra psíquica, una noche de mucho trabajo de criptografía junto a las serpientes del origen.

Miserio Lupo le cocinaba en secreto a Pergamina, y sonaba Mozart en esa habitación de traición oportuna. Invierna que sabía calcular envenenó las ollas con ego death, y simuló irse a llevar un pedido.

Invierna viajó hasta otro barrio de adoquines, subió una escalera, cruzó un pasillo y abrió una puerta que una vez la escupió del interior sin ropa. Se sentó en una mesa barata y mal pintada y quedó frente a frente con su último enemigo.

Flotando el diablo y el mono esperaron la señal para rebanarle la cabeza al elfo sin máquina que recibía la visita de la desmemoria.

Al asegurarse que él era consciente de lo que estaba pasando, Invierna le mostró su mano negra mirándolo a los ojos, y jurándole soledad le desenroscó el cuero del cráneo. Como si adentro hubiera una caja de pañuelos de papel sacaron una tira de recuerdos, lo mismo que dos libros espalda con espalda abiertos por el viento de la voz furiosa de Úrsula.

Invierna observó sentada cómo desaparecía del hombre maldito que se hacía pasar por Cardomomo, y no dio la orden de que paren hasta que sus ojos la miraron con sorpresa roja e indiferencia. Entonces él le preguntó a ella quién era, y ella le respondió con una calavera en la boca, y se fue.

El mono verde oscuro metalizado y el Bafomet la siguieron hasta una ventana en otra calle. Invierna miró para adentro y se desmoronó a llorar en tierra fría. Se endureció su cuello porque no estaba dejando salir su voz al manifestar su tristeza, y un cable en su nuca la sostenía en la tumba para no quedarse pegada en el hueso rallado.

Una nena tras el vidrio sonreía inocente su inspiración. Ninguno de sus guardianes entendía lo que pasaba, entonces el diablo se asomó por el marco y reconoció a la criatura. Invierna lloró por un largo tiempo. No podía resolver esa ipta. Era un trabajo muy difícil de recomponer. Años rotos, órganos desfigurados, noches de terror, mañanas de sirenas, tardes de dolor en el pecho y fugas de brujas de la salvación con broncoespasmos.

Invierna no entendía por qué nadie la iba a escuchar. Qué tipo de monstruo diseñó ese plan si cuando ella sonreía no pensaba en otra cosa que escribir, jugar, despertar y conseguir las palabras mágicas que la devuelvan a su mundo. En esa escena se vio con una mano en la cintura de espalda detrás del set, y conoció la verdadera culpa.

Invierna protege el arcón, al rey de los Asomantes, protegió a Miserio Lupo, trató de salvar a su tonta hermana... necesita proteger porque eso la salva. Ahora protege a sus guardianes, que a la vez la protegen a ella cumpliendo la venganza del olvido, cuerpo a cuerpo en omertá. Proteger para Invierna es permanecer, unir en ícaros pedazos de su historia con la molécula espiritual. Y encontró a esa nena, que va a tener una vida horrible, y no lo sabe.

Entró a la casa, la nena no podía verla, pero si escucharla porque era un Romo.

Entonces caminó arrastrando cadenas cerca de ella, y al hacerlo, Invierna recordó ese día.

Invierna sólo podía presentarse en sueños para contarle historias de anarquía porque de otro modo corría el riesgo de que la piba enloquezca. Y eso hizo. Una tarde sopló la tierra y creció un ciruelo para que ella se trepe y coma las frutas con los ojos cerrados, y en un descuido se le escapó el demonio y se perdió.

Invierna sintió que se le detuvo el corazón y se le taparon los oídos. La nena lo encontró y le ofreció mandarina, pero éste no aceptó y se dio cuenta que bardeó todo, al ver como la nena se iba corriendo a buscar a su mamá que seguramente no estaba.

Sólo quedaba el mono en aquel patio eólico, y le dio vacaciones hasta que vuelva el Bafhomet. En ese tiempo notó que la nena tampoco aparecía, fueron largos días dentro del sueño lúcido, en el que Invierna aprovechó para decirle unas palabras a la mamá en una habitación de espejos.

Al volver todo a la normalidad persiguió a la criatura indicándole en dictados cómo resolver las ruinas de su futuro con metáforas divinas. Le advirtió sobre los capitanes y los médicos, las escuelas y las cárceles y los derechos artísticos. Le prometió enviarle un amigo perfecto a los 17 años,

inspiración, buen gusto musical, dos hijos del espacio para jugar de grande, la magia del Blues y el tango, y amor por los cocodrilos. La nena lo creyó, e Invierna lo recordó. ruzando recuerdos como mayas de fuego, se plantó con paciencia ante cada uno que se olvidó de la piba y les dio órdenes de protegerla, y avisó sobre todo de quién. La nena sonrió a la luna, corrió por los techos y tuvo un hermano.

Un día de verano fueron caminando hasta el mar, ella tenía diez y el tres. El nene se cayó en un pozo pegado a la escollera mientras jugaban en la orilla de Alfonsina, y comían frutas y flores que volvían con las olas de un ritual de enero.

No lo podía sacar y entró en pánico, pero en el pozo estaba Úrsula y se lo devolvió contra su voluntad, de un empujón hacia arriba.

Ese día la nena se convirtió en Invierna, y camino con ella y todos sus nombres hasta el presente del sueño. Al llegar a la tumba del viaje se abrazaron fuerte.

Eran tantas que no sabían con qué partes del cuerpo se tocaban. Preferían moverse lento, estar solas.

Por un momento el sueño se le fue de las manos y detrás de los árboles salieron con cara de "ahora vas a ver" un montón de almas tramperas. Cardomomo miró a eso seres grises y pegajosos, e Invierna despertó en un grito profundo, sin caballo y guardiana al fin del arcón.

NIÑOS HÉBRIOS

El sufrimiento es el dolor en el tiempo recordó ella mientras esperaba la respuesta en cubierta y aflojaba su gesto de odio. El mensaje llegó, y decía: "almorcemos mañana a las doce en punto".

Al fin su héroe vivo le iba a contar historias e iba a escuchar las suyas. Ella esperaba que él tenga ojos radioactivos y no tengan que hablar para entenderse, y abrazarlo como a un padre psiconauta, mientras bebían del tiempo y el espacio y se sacudían piedras.

Sin aire no hay sonido. Enrique la esperaba con una camisa hawaiana y lentes oscuros del otro lado de la vidriera del hotel París, y le decía que le tenga la puerta para que pueda salir en su caballo de calesita, pero ella no lo escuchaba. uscaron un lugar para almorzar por la avenida, y todo olía a sombras en tierra húmeda. Se sentaron, trajo el mozo las cartas y pidieron el primer vino. Nébula Alambique sonreía luego de muchas

épocas, y estaba dispuesta a la cortesía.

¡Sillas, mesas, sillones, baterías, puertas, portones, placares, chapas, tirantes, viejos compro! Geranio pasaba por ahí, y se saludaron con los ojos.

Uno a uno los Asomantes se materializaron con el correr de los minutos, y ocuparon las mesas de alrededor. Disfrazados de humanos de la década del 70, simulaban hablar por teléfono o escuchar las noticias. Ella observó con lástima las viejas máscaras de Invierna, y supuso que el arcón ya estaba en sus manos.

Su felicidad exagerada se hizo nudo en do de barro. Durante tres botellas experimentó malabares de gestos civilizados. Enrique era como un insecto de armas químicas. Un insecto abuelo, testarudo y sádico que no podía sacarle la ficha, entonces aumentaba la fuerza del dedo venenoso en la llaga.

Nébula pensó que ese almuerzo iba a ser un rato en la nube, que iban a dilatar limbo a limbo una conversación perfecta y acumulada sobre la oscuridad y el miedo a desaparecer. La charla avanzaba y ella no era bienvenida. No lograba atrapar la sortija ni en cámara lenta. Él, la despreciaba. Hasta que la obligó a confesar su historia clínica.

- ¡Ah... estás loca!, le dijo sonriendo por primera vez, y apretando los dientes ella respondió que estuvo. Y se comenzaron a entender.

Tuvo que desatar el nudo en el baño llorando de bronca en silencio y evitando que se le note al bajar, escapando de su sueño durante cinco minutos. Al volver a la mesa le dijo que era muy linda, y que coma. Su admiración se convirtió en odio. Quería matar a ese viejo con el cuchillo sin filo de su tortilla de arvejas.

Tirar uno de sus barcos sobre el restaurante de mala escenografía y gritar hasta que exploten relámpagos sobre las máscaras eternamente. Que choquen todos los autos en esa esquina y pintar un mural con la sangre de los desgraciados. Quería víctimas, destrozar costillas con una silla y meterle el caballo por la boca hasta que de arcadas se calle.

Se arrepintió de estar ahí y de haberse relajado. Hubiese se quedado con la psicosis literaria. Ese ser horrible que ya no podía nadar, pero igual se quedaba cerca de las olas, no paraba de acertarle al calesitero, y ella protegiéndolo de los Asomantes se rindió de la charla cuando él contó las papas fritas que tragó, y le repitió que coma.

El mismísimo Enrique le juró amor por el opio cuando el nudo tendría que haber sido principio. Cada vez más cerca las Almanacas y menos tiempo. Encerrarían os mensajes en nubes de espuma y Cardomomo entraría al

escritor, para guiarlo en su rabia de conversaciones ajenas.

Lo dejó hablar sin interrumpir, luego de que él se queje de que ella hablaba mucho y que perdía misterio. Nébula vigilaba que nadie se acerque a la mesa como su guardiana del Capricho, y luchaba con Cardomomo tratando de que nadie lo note.

Hablaron de plantas sagradas, de curas sintéticas y de acción. Enrique era más mutante de lo que ella pensaba. Y su corazón se desataba de aquella mesa de La Paternal para escurrirse en la boca abierta de él, mientras duerme en el futuro.

Volvieron al hotel, fumaron. Hablaron de Siria. Y parecía que Jan Švankmajer estaba usándonos de prepo para explicar su propia teoría de cuerdas. Nébula se había acostumbrado con amor a que él la rete vorágine, tachó del aire avergonzada su deseo de dolor en el tiempo y se fue del hotel París a juntarse por la galaxia.

Sabiendo que Cardomomo arruinó todo, por unahistoria para Ifédra.

CORNELIOS

Cornelio del Árbol se ríe en la cara de dos mil doscientos gendarmes, le ofrecen cincuenta pesos para bajarse. Los acepta y se trepa corriendo de vuelta. Curiosos del Bajo Flores lo filman, él se saca la remera con una coca en la mano frente a lo incautado y hace pogo. Se burla de todos los rati. Las cámaras están ahí y en las redacciones, los canales juegan a quien escribe le peor graf. ¿Qué pasa si se cae? Cornelio Júbilo su abuelo, al verlo por la tv baja la escalera de la tramitería como Fred Astaire, y se raja un tiro en la cien adelante de Cocodralos que filman el show. Se lo llevan al peor hospital de la historia: el Interzonal. Vuelve a morir.

"La casa se reserva el derecho de admisión a los Cornelios" Se lee en una biblioteca de Floresta. La puerta se activa cuando el perro tiene sed. Subiendo la escalera un día hay terraza, otro día hay selva. Cada vez que se les llena los tachos a los animales, ellos dejan a modo de agradecimiento un libro de matemática.

Uno debe aceptarlo le guste o no. Arriba no hay monstruos ni guardianes. En cambio, abajo de la cama... Para todos los monstruos de abajo de la cama, nosotros somos su Cornelio. tros que nacen Cornelios buscan talentos en el subte, los secuestran bajo el lema del triunfo y los mandan en naves a otros países, donde en muy malas condiciones se los obliga a agradecer por vivir como esclavos.

Cada uno tiene una habitación de durlock para cumplir su rol de artista. A punta de pistola y nuevas tecnologías son proyectados como hologramas en la línea de su procedencia, viéndose para los locales como figuras consagradas en el extranjero.

Se los trata como simios y se los pone a tocar al lado de grandes instrumentistas de sellos reconocidos internacionalmente. Se les da de comer arroz al lado de los que comen gourmet. No se los cuida si tienen frío. Sólo los usan para gitanear mintiendo sin vergüenza en increíbles anuncios de guitarristas tocando a ojos cerrados.

Le hacen creer al mundo que al fin lo lograron. Mientras los Romos aguantando cualquier tipo de miseria implotan de injusticia e indignación, en su humillante derecho de piso.

Generalmente los Cornelios son músicos frustrados que buscan calmar su incapacidad destruyendo la majestuosa virtuosidad de los músicos autodidactas.

Virtuosidad que no tiene precio, menos para seres sin alma de bolsillo grande y bulto chico, que lo único que pueden atesorar son anécdotas inventadas para sus sobremesas sin alquimia. Mientras que los músicos secuestrados ensayan sin descanso para poder subir al escenario de la muerte a cumplir un sueño que no existe. Alguien gritó "autogestión" con un cuerno gigante construido por anticornelios, y los farolitos descansaron.

Ifédra le contó a Mondrágara que el viernes pasado bajo a tomarse la línea A en San Pedrito, ella iba hasta Acoyte, y antes de subir reconoció a su hermano en 7D. Estaban proyectándolo ahí, atrás de la línea amarilla que no se puede cruzar, y del cartel que te dice cuánto falta para subirte al tubo que te lleva a la nada. Ahí estaba su hermano, simulando ser feliz a la derecha de un marciano gitano de boina que alentaba a la gente a aplaudir como focas. La trata de músicos crece a saltos de Hyperion, pero nadie habla de eso, que se jodan por artistas, #todosvagos.

MONDRÁGARA

Sacan los cuerpos del conventillo de la mente de Alberto. Se distrajo escuchando Dolina y se quedó dormido. Una pareja discutió porque ya no había paco, el hombre prendió fuego un colchón y escapó por la boca. ¡La mujer salió descalza al pasillo al grito de fuego! y de a una empezaron a escucharse las puertas arrastrarse al abrirse, y los gritos de pánico sin muelas.

Se pisaban, lloraban, nadie paraba por el otro. Dos mujeres, un hombre y un bebé soñaban que se quemaba el desayuno. Alberto se meaba encima.

Dormía. Soñaba con explicaciones científicas en una casa llena de hijos, en un lugar dónde podía repetir su historia sin picarse heroína, con estufas a leña, sonando Manal. Dentro del sueño, cuentos de fuego esperaban en fila leerse en talleres literarios con salida a la feria del libro.

Despertó y se chocó con Úrsula. Pero ella estaba en un sueño lúcido en el futuro.

No pudo respirar, estaba teñido de negro y seguro pensó en su padre muerto en sus brazos, o en su madre muerta en sus brazos, y en ese cuadro premonitorio de la cabecera de su cama. ¿Quién se lo habrá llevado a él en sus fantasías de física y anarquía luego de dejar a salvo la carta de despedida que encontrarían años después la soledad y la lucidez?.

Estaba solo en su casa, sin gas ni luz, y en Mar del plata era Julio.

Llenó el suelo de bollitos de papel que él mismo escribió, y al terminarse la ginebra trató de prender fuego botellas vacías.

Veinte familias quedaron en la calle por peligro de derrumbe. Se turnan las frazadas y la comida en la esquina. Esperan que les dejen de mentir para volver a sus hogares del 1900. Así las cosas, ahora bien, yo pienso en un Alberto vivo, leyendo la THC en el baño de su garage. Y también pienso en la Estrelladenahiara y Astrolauta. Un rayo parecía querer llegar al suelo, pero amagó. Pienso en el principio de incertidumbre de Heisenberg y si ellos estuvieron juntos en el otro espacio antes de estar en mí, y atravesarme para ser en este mundo porciones de todo lo que vi, escuché y sentí.

-Una moneda por favor.

Si ellos estuvieron juntos y alguien trato de medirlos perdió su posición al medir su velocidad entonces se separaron tan -tan lejos que volvieron a encontrarse al nacer el segundo. Y si ellos recordaran lo que pasó antes de entrar en mí, para salir por este mundo. Quién trató de medirlos y porqué. O si antes, yo fui alguno de ellos.

-Una ayuda para que mis hijos coman porfavorsenora. n mi vereda el cartón huele a perro, y los que se compadecen huelen a pis y tabaco. De vez en cuando el frío me duerme inconsciente en un laberinto de compras por algún perfume de hombre que me acuna. Pero después me empujan a elegir entre borrarame o el encierro en cuenta regresiva. No dejo de

extrañarme.

No puedo dejar de preguntarme y a veces les pregunto a ellos que van tan rápido mirando sus teléfonos, si duermen. Nadie contesta viste.

Crean que elegís esta vida porque tu inteligencia no está, seguro dormís en la calle por drogona. No se imaginan que las pocas veces que aceptas hospitalidad del tipo "vení a casa bañate- comé- y dormí, aunque sea esta noche" termina en hilos de baba de fuerza y gritos que nadie escucha. Y no podés hacer nada. NADA.

Entonces decidís seguir alucinando de frío, llorando, escuchando llorar y discutir a los que están igual que vos, mientras los carteles rebotan los flashes de las cámaras de los reyes amarillos, que desfilan por las calles donde tenes que vivir.

Ellos se sacan fotos en sus descansos inmateriales, y te putean por elegir la miseria. Se ríen de vos, comen adelante tuyo, te patean, y simulan ser felices en camperas infladas que parecen ser cuevas de calor y comodidad. Donde mis hijos podrían vivir cien inviernos y no tendrían que pedirles nada a nadie. Ni esperarme solos en los juegos del Mc toda la noche, hasta que uno se quiebre la pera y me tengan que venir a buscar directamente con la culpa.

También hay riñas acá, y las ambulancias no llegan nunca a tiempo.

-iMamii!, imamii!, llora de miedo y de ahogo un nene contra la pared, con la cabeza encapuchada de su propia remera, y cada vez que lo voy a rescatar un culatazo del mismo fierro que lo apunta me saca del mapa.

Los imagino peleando en el espacio, como lo hacen todo el día cerca mío, y me pregunto si serán una trampa para que no pueda hacer todo lo que me gusta que está maldito. Desconfío de cualquier fuerza superior, sobre todo las fuerzas médicas. De los que me culpan por hacerlos vivir en la calle, y los que me ofrecen su ayuda a cambio de "nada".

Tengo hambre. Imagino que escucho Lightnin' Hopkins en mi antigua casa, es domingo a la mañana y el mate está frío. Anoche me fui de viaje cerquita de acá, a ver si podía visualizar el futuro o el presente feliz, y construí el pasado, calculé mi suerte y me dormí como Alfonsina en los musgos blancos de mi saco, y estrellas que, aunque las ramas trataran de borrar de mi enorme ventana, siguieron ahí haciendo aserrín mi cama inexistente, y embudo mis sentidos para el sueño.

Ojalá les sirva en el futuro todas las historias que les cuento mientras les contesto sus cientos de preguntas diarias que me hacen por crearme su madre. Y deseo que lo rebelde no se les borre aunque los echen de la escuela. Que crezcan pronto para nos vayamos juntos de viaje a hacerles

preguntas a Einstein, y que si me equivoco transformen la energía en masa y sean reconocidos artistas.

-Una ayuda por favor para mis hijos Estación Río de Janeiro...

TAXISTA CON NAVAJA

En el antiguo café debería estar entrando para encontrarme con ellos de cerca. Es lo mismo si interrumpo o no. Hice tiempo porque no tenía ganas de bancarme la charla inicial de preguntas estúpidas que empiezan con un cómo estás y ellos mismos te responden con otra pregunta casi obligándote a obedecer. Para qué me preguntan, si al comenzar a responder les suena el agujero de gusano y sin mirar, no dejan al diablo descansar la manito.

Se estaba haciendo de noche y los veía de lejos conversar algo incómodos. Por mi pantalla se cruzaba el 15 cada dos minutos, los demás colectivos tenían una frecuencia más larga de circulación. La gente se chocaba y no se pedía disculpas.

Autos importados doblaban en la ochava que sostenía a disgusto a los otros desamparados sobre el cartón húmedo. Y yo no dejaba de extrañarme, el odio me extraña, la indiferencia o el noteví.

Enfrente, detrás del vidrio del café, el mismo mozo de La Paternal se llevaba las cartas, y ellos descansaban la sonrisa en pausas porteñas. No entré. Preferí quedarme a la vista, pero lejos. El café de ese lugar te lo sirven en tazas con rouge, quemado, a sesenta pesos y cuando ellos quieren.

Me oculté en la florería a mirarles los zapatos negros y las zapatillas blancas a la gente. A descifrar historias en las caras de los otros. Vuelve el mozo a la 44, ellos hacen silencio. Sin aire no hay sonido, pero lo supe porque se tiraron hacia atrás y esquivaron el brazo cansado del que servía. Gracias dijeron y el mozo se fue, ella agarró un edulcorante y lo rompió sobre el pocillo. Él trataba de convencerla no dejando de hablar. Todos en la suya alrededor, y cucharitas en el aire que nunca caían hacían la espera más lenta. Voces sosteniendo ideas rotas se enredaban con las irreales propagandas del televisor. Gritos de chicos que querían irse y ella también gritaba, pero por dentro. No merecía ser interrumpido el tipo, por el capricho de una mujer de ir a dormir temprano con el libro de Amelie Nothomb que una flor maldita y marchita partía, representando el último buen recuerdo.

Él apoyó un sobre con tranquilidad en la mesa. Tan sereno como atravesar una vidriera a los gritos o los mensajes de amor grabados en metales. La

mujer lo eptó con confianza y lo metió en su bolso. Prefirió leerlo después, sola. O con el fantasma que aparece a la hora de ir a dormir, proyectado como holograma desde el otro más allá, por un Dios aburrido, de padres que se persignan con el crucifijo en la boca.

En diagonal a su mesa un escritor esperaba una historia. Y me proyectaba enfrente a mí. Volcó su café imaginándome, y esperaba que el mozo lo salve de las burlas que nunca se escuchan. La rejilla lo salpicaba, y los de la barra lo insultaban en lenguas del oeste. El hombre dejó caer su mano sobre la mano de la mujer, pero ella rechazó la última oferta.

El escritor observó a la pareja y sus gestos desconfigurados entre amor y tensión de soledad. ¿Y la carta qué decía? No entendía por qué sumaron otro mensaje a la conversación. Ya estaban hablando, ¿qué más pasaba? ¿Qué tenía que decirle ese bigote de papá enamorado al borde de explotar de merca, a esa dama de peluquería? Vino el mozo con otro café y el escritor me convertía en prólogo.

Yo miraba desde enfrente la historia dentro de la historia en todas las caras porque era lo único que podía hacer desde el futuro. El escritor aprovechó todos los ángulos de su curiosidad. Lo festejó al darse cuenta que no tenía cuchara, y el mozo ya no volvería a la mesa salvo a cobrarle. Quería el final primero, al conflicto lo resolvería en el camino. Cuchara ya se había convertido como yo en una palabra desconocida. Ni siquiera entendía su forma.

Por la luz de un colectivo rebotando en el vidrio noventa grados desde su brazo derecho, el escritor vio que caían cucharas en cámara lenta y le dio un golpe hacia abajo a una para que se apure, pero todas las demás también lo sintieron. Se agachó luego de mirar en todas las direcciones agitado de intriga y levantó el mantel como un imaginario. Respiró profundamente por si estaba soñando los gritos de dolor que presentía llegar, y yo exhalé al construir el placer de poder soportar el peligro.

Agarró la cuchara del suelo como si fuera una espada libertaria, espiando las otras mesas por abajo. Y en la 44, el hombre de bigotes que amaba a esa mujer como nadie, desenvainaba un final mal escrito, y se entregaba en desacuerdo y sacrificio, a reconocer que recordar es inventar.

COCODRALOS

Al volver al campo de los dioses del abecedario fue juzgada por los Cocodralos.

Se rieron de ella con tragedia, y con nostalgia por ya no verse tan joven.

A ella no le importaba, ya tenía el arcón.

Un cuerpo liviano se hacía presente en el centro del círculo de las formas y los engaños. Ajustado a los huesos gracias a la cocaína que le regalaba el brujo de Constitución, y que de vez en cuando la amaba luego de fiestas de ácido, sacrificios y ruanas decoradas con sus poesías oscuras por Blake. Un cuerpo de una década atrás flotaba en odio y falso formol, y ella fuera del círculo, también lo observaba, pero en silencio y con una casi invisible mueca de placer.

El rey de los Asomantes y los dioses del abecedario mutaron sin descanso en la lengua de Úrsula. Invierna tuvo miedo de esa ruleta sádica, y trató de invocar a Oriente para escapar de la prueba. Su caballo no llegó al campo, no encontró el tablero, y el sonido de una súplica de juego ajeno lo desacostumbró de su fuerza al grito de zugzwang.

El brujo de Constitución, era el hijo de un Cocodrilo. Su madre era una militante, así que no heredó nada, y se exilió en los barrios bajos haciéndose conocido por el excelente resultado de los conjuros de pareja. Muchas veces le pagaban con ladrillos, otras con más trabajo, otras con ahorros en frascos de café, otras con nuevos clientes, otras con silencio legal.

Tiraba sus caracoles y hacía llorar a las mujeres de corazón roto y abandonado, mientras Invierna no sentía nada más que ganas de vomitar y las trataba de enfermas con carpa. Luego conquistó a las minas de los teatros, las grandes vedettes y se corrió la bola. "La flor más bonita del jardín" decía el brujo a toda mujer que lo saludaba con el bolsillo cargado, y sus discípulos en el patio caminaban en círculos esperando serles útiles, calentando cucharas, picando, o degollando algún animal para la cena.

Invierna y él se conocieron en una escalera. No hablaron al verse, no hizo falta.

Ella aceptó ser su nena a cambio de pedazos de ladrillo que cuando no se los tomaba, los perdía, o los vendía en un bar de metaleros. Él era un Dios sin ropa, y con ropa era un artesano. Quién iba a imaginar que su padre en la dictadura...

El viejo Cocodrilo padre del brujo de Constitución, odiaba a su cría maldita de libertad y excesos, y al enterarse de su hijo y la rebelde, juzgó mal a Invierna, no dictándole la verdadera clave del arcón.

Ella sabía que eso iba a pasar, entonces se retiró sola y sin quejarse, dejando el cofre en el medio del aquel ridículo círculo, observado por un montón de tontos que amparaban su lógica en logias de señas y memoria

abracadabrante. Y el primer curioso explotó en mil pedazos. a.

Tenemos que sintetizar DMT, ya tengo todo hasta las raíces esas que no conseguía, escucha dale. Le sigue el corriente desesperanzado, como si la hubiese perdido, como si ella ya no fuera consciente de la realidad, de manera irreversible. Le ceba un mate asqueroso y presta atención. Cuando él consigue que lo escuche, vuelve a contarle de su preocupación por las deudas y le apaga la pantalla del sueño de Shulgin.

Tus clases no nos van a dar de comer, buscate un laburo serio, ya sos grande para seguir soñando esa boludez de artista. ¿Cómo hacen las demás familias?, tenemos que encontrar una manera de laburar los dos, algo estamos haciendo mal. Este mes cobré casi veinticinco lucas y ya tuve que pedir un préstamo.

Yonopuedomás. (Yinipidimis). Portazo.

Ella quería un telescopio y lo convenció de sacar guita de los ahorros para las vacaciones y se lo fue a comprar, después le preguntó si podía. Cuando él le dijo como siempre -hace lo quieras-, ella se lo mostró y se fue corriendotropezando a mirar el cielo. Ese día él no la perdonó, rebalso su vaso con una lágrima de birra.

Él piensa todo, piensa sus respuestas, imagina lo que le pueden llegar a responder a eso, inventa un diálogo como un viejo dando vueltas manzana con las manos en los bolsillos discutiendo con el aire, ensayando, argumentando, defendiéndose, desconfiando. Eso es lo que los diferencia.

A la piba no le importa nada el qué dirán. Qué dirán de su familia disfuncional, qué dirán de su sexualidad, qué dirán de su aspecto, qué dirán de sus aficiones, qué dirán de sus experimentos, y sus cosechas. Para él la opinión parece ser la parte real de su existencia, como dijo Shopenhauer.

Él cree que ella es indiferente, que no le importa nada, que es egoísta. Y ella sostiene estrellas de neutrones en su columna, aburrimiento, incivilización, fuerzas oscuras. Soporta el desamparo y la paciencia, a cambio de que no se los coma la desesperación, lo confunde a propósito, no le importa lo que él crea.

¿Me podés escuchar por favor loco?, nopuedesernenaquetehayadejado
cuatrocientospesos y estáheladeravacia,
¿quévanadesayunarmañanalosnenes?
Sosunairresponsabledemierdanotedejomásguitavoyairacompraryoapartirdeahora

ytevasacagarsitefaltaalgodespués.

Él subió a su cuarto sin tomar mate y se puso a leer desde el celular. Ella siguió estudiando sobre el principio de incertidumbre de Heisenberg para volver a rlar con la mina del subte, y le agradeció a la ley de conservación de energía que no se cumpla en su ex.

DE MI BARRIO

En Floresta a la noche los árboles se preparan para mañanas de pinceles, agua y acrílico en el aire. Cuelgan de ellos entonces mujeres en telas de colores, desnudas, vírgenes, dispuestas y santas. Los artistas en banquitos rotos se sientan a pintarlas. Las miran desde abajo como divinidades, y la gente que pasa no se asombra, están acostumbrados a ver mujeres colgadas.

Cuando ellas llegan se sacan la ropa como una pesadilla, y con naturalidad se trepan hasta la mitad, y se enroscan en la cinta. Sonríen al artista, bailan, cantan bajito.

Los otros de la esquina toman vino y conversan del partido, las señoras pasan con los changuitos y cruzan al chino, nadie molesta a nadie. Los artistas construyen su ruta sobre los adoquines del sueño de Úrsula. Alguien no mamó del árbol y ahora espera su turno al final de la rama.

Cuelgan las mujeres de los árboles, parece que vuelan, sacuden sus partes blandas y están felices, todos conviven como en la radio. Los artistas cargan sus pinceles y los pájaros en cintas de colores hacen que vuelan, hasta la última pincelada.

Algunos nacemos en árboles, y siempre volvemos a nuestros padres a buscar inspiración. Dicen que un día los pájaros llevarán los trajes, que pronto alcanzaran nuestro tamaño, y se tomaran el subte. Entonces nosotros en cuatro patas esperaremos que nos llenen el tarro de alimento, y traben la reja para seguir observando todo, seguros por el cubo del control.

IFÉDRA

Ifédra se acostó a pensar en el tiempo y en el espacio. Su frazada la protegía del universo humano, pero no de la canción de las tazas sobre el mantel. Descartó la posibilidad de unir fuerzas y cambiar la lista, entonces culpó a su mundo por ser más rico que móvil y continuó surfeando su viaje experimental.

Se acordó sin querer del beso mientras el tren se equilibraba borracho en las vías de Devoto, y crujía los metales acelerando las lenguas. El beso del actor que se iró al piso en cuero a prender el horno horas atrás, mientras el cadáver nacía a silencio de desconocidos, y sobre argumentos artísticos insoslayables.

Se acostó a pensar en el tipo que le contó historias, el que bailó con ella tango, el que le dejó la cara pegajosa de eternos meses de no besar, y a quién miró con salvajismo y no le pudo dar nada.

Él le preguntó por qué le gustaba tanto la música, entonces Ifédra agarró una hoja y la doblo varias veces para contestar entre los dos. Ella sentía vergüenza por su estética que no consiguió esconder como a los veinte, y él hizo de cuenta que nada pasaba. El occiso tuvo repetición y con una foto del cementerio en el entierro de otro, llegó la góndola y se la llevó.

También pensó en su obra incompleta

- ¿Servirá de algo todo este tiempo tecleando o manchándome de tinta?, y tachó Venecia del juego escribiendo otra vez "Papel y hueso".

Ifédra ama sembrar el poder de su imaginación en masetas humanas y luego ver como estallan al escucharla leer. Así como su cráneo explota y adjunta principio y mantras, al recibir una nueva historia.

El mundo subterráneo mandó a Ifédra de un tren a otro lejos del campo de los dioses del abecedario. Una serpiente salió de su espalda, y subió al techo del museo convirtiéndola en guardiana de las vacas sagradas minutos después. Estaba limpia.

La banda ya estaba sonando, y ella escribía sobre otras cosas sin tener para anotar, entonces escuchó al súperpersonaje cruzar la brana en su instrumento, y pudo despertarse dentro del río. No una Flying V, no una pedalera, no un bajo ni la impecable y majestuosa batería. Una armónica abrió el holograma, y le regaló el inicio que no encontraba en su casa.

Alrededor un montón de artistas bailaban sin despegar los pies del suelo. Obras de arte temblaban con la torpeza de los que llevaban las copas, y un ser superior vestido de alma acrílica, le acarició el lado izquierdo de la cara. Ella no se movió, estaba espiando a un reptil que bailaba Blues en la

sombra.

Tuvo que tomarse varios trenes y hacer recorridos bajo tierra para llegar a la historia sin que la vean los Cocodralos. Chocarse con personas en islas celulares, estar atención de no confundirse de letra, aguantarse las ganas de llorar al escuchar "Stand by me" antes de bajar. Tuvo que pesar su culpa de ser una ladrona de cuentos en una balanza dentro de un ascensor. Encontrarse con la artista que la llevaría a esa cueva cerca del Obelisco, donde le saldría una serpiente como a quien le crecen alas. Pensar en escribir sin lápiz, calcular nuevos capítulos para Invierna, matar a Nébula, perseguir a Bruna, embrujar a Cardomomo, y seguir probándose personajes hasta quedar nueva.

¿Y cómo entró en ella tanto dibujo? ¿dónde estuvo antes? estaba segura que al parecerse tanto su sueño, a la cuadratura del círculo, Robert Johnson la tuvo que haber inventado con el pie, mientras cantaba Me and the devil en su casa sin instalaciones eléctricas.

Entró por la esquina. Pasillos de cuadros la guiaron hasta un rincón improvisado de instrumentos personas. Todo era normal y aburrido. Todos los que estaban ahí fingían sentir algo superior al que tenían al lado. Como si su sensibilidad tuviera más patrones para descifrar la obra del músico en exposición, que cualquier otro oyente u observador de la sala.

Ella los miraba hambrientos de pertenecer, felices por exponer, solos en grupo, y su insoportable egogánster, los tildaba a todos de seres sin alma, y los expulsaba de su idea con asco por simuladores.

Creía que pensaban solamente en irse a la pizzería a subir las fotos de algo que no tenían motor para interpretar, gusto para sentir, o fuego para creer, pero es siempre más fácil juzgar que enseñar, entonces se quedó callada. Está aprendiendo a no embarcarse en las naves que Nébula implanta por odio.

Cuántos habrán logrado arder en su centro, pidiendo más sin decirlo y agradeciendo sin traducir de su piel y de su olfato la música, como perros del infierno escuchando por primera vez a su madre luego del castigo del éxito.

Ella era una más de los que estaban ahí analizando cuadros, y exponiendo sus trampas. Una más de los curiosos que entraron porque era gratis. Una que recordó una pesadilla idéntica a lo que estaba viviendo, pero en espejo. Y que de algo espantoso o pantanoso que ocurrió noches atrás, de lo que no tenía la receta para liberarse, pudo mutar en personaje y traductor al mismo artista, que le arrancó la dimensión y la dejó de cara juntando figuritas deltas y malevaje.

La serpiente salió de su espalda con el permiso de las Almanacas, y se hizo gigante, luminosa y verde hacia él, cuando cambio cuerdo por viento. Lo vistió de superhéroe, le puso una ecuación de vanidad, le dijo te voy a comer si no sos el mejor y lo besó sin veneno. Walter sin dejar de tocar entro en el público, tomó la mano de la mujer que llevó a Ifédra a ese lugar a buscar una historia, y se ó en la sabiduría del mismo río que trataba de sanarla. Un mozo repartía en copas de champagne alivio y solución, Ifédra buscaba caras sin elegancia.

Nunca escuchó algo así, nunca parió una serpiente que ya era vieja. Nunca Robert Johnson le gritó un título y la paseo por una muestra de arte. Todos escuchaban y aplaudían. La serpiente era uno de sus dibujos, y si no, eso quería creer. Era de la paleta de la luz, no de la pintura, los primarios eran otros. También parecía un mandala porteño dibujado en un café con mantel aterciopelado, y mozos viejos que cuelgan cuadros de Juan D Árienzo.

Pensó que la usaron para materializarse. Que la misma serpiente que él era y dibujó una vez, se escapó del papel o del hueso, y le rindió cuentas porque ella nunca volvió a dibujar luego de las pastillas. Solo dejó salir las emociones en códigos de tinta y mina, o en sol. Desde el THC hasta la psilocibina, y de ahí al DMT Ifédra robó y se justificó con los dioses del abecedario como una negra libre.

Quién pudiera encontrar el equilibrio entre la ciudad y la alquimia, entre el Blues delta y el ahora mismo, entre lo salvaje y la ingeniería del Cornelio.

Una serpiente salió de su espalda y creció hasta el músico, entonces se abrió otra dimensión, y otra, y otra y sólo ella pudo ver en holograma a los sonidos como colores, y a los músicos como Hyperions dibujando su concentración y su placer en el rincón de una galería.

CONFUSIÓN AL OESTE

Todos los jueves a las 1030, se juntan personajes del oeste a contar historias de su barrio en la biblioteca Hilario Ascasubi.

Una tarde (casi de noche) en la plaza (que usted prefiera) se escuchó gritar un pájaro. Se inicio una búsqueda individual de terreno. Lo encontraron dentro de una jaula clavada a un árbol. No se sabía si por tradición o por maldición estaba enjaulado, ni porqué en vez de cantar, gritaba. uera del horizonte de partículas (el volumen de Hubble), los personajes del oeste, eligieron ser quien nunca pudieron por vergüenza,

falta de tiempo o ilegalidad, y cambiaron de papel.

Alguien anotó "taura" en una hoja, y apareció a narrar Invierna. Todos se fueron quedando quietos durante la noche por el pozo y la mesa. Y jugaron como niños, aunque no se conocían.

Se despertaron en otro capítulo en la década del 50. Se abrigaron y fueron a comprar pan. La panadería de Segurola siempre estaba llena. Mientras esperaban apareció su doble (el de cada uno), enojado, apurado y les entregó unas partituras a mano. Luego se fueron en un Mercury negro opaco que no se sabe quién manejaba. Se preguntaron entonces qué pasó, y cuál eran de los tres. A la noche tocó timbre Pichuco y Homero y hablaron sobre las noticias.

Compraron argumentos en lo de Miserio Lupo, que tiene su local en el pasaje Tacuara. Visitaron un negocio de antigüedades de la avenida con erre. Fueron estatua. Estuvieron en un vagón de subte, se cortó la luz y recitaron su presentación como mantras mientras algunos cantaban y bailaban en otros idiomas. Se pusieron un programa de radio. Hablaron del ropavejero Geranio Calambre y sus costumbres. Se emborracharon en El Conde y casi cambian permanentemente de cuerpo, por uno equivocado. Tomaron café, espiando los almuerzos de sus vecinos.

Recibieron al afilador (el último). A un malabarista de Juan B Justo y Sanabria.

A el aire. La bailarina con el pozo en el escenario llevo a Ana Mutante a confiar.

La solterona y el dolor no se encontraron nunca más. El águila Barbero puso su local y recibió a todos los fantasmas literarios famosos.

Inventaron verbos y adjetivos, debatieron sobre el lenguaje, dieron un discurso y los atacó la risa. Se preguntaron qué le pasa a una palabra cuando crece. Tiraron en un contenedor de Mercedes y Camarones lo que les pesaba. Fueron salvadores, discutieron, crearon, inventaron excusas exageradas para zafar de la policía.

Una noche todos se durmieron a la misma hora, y aparecieron en el mismo sueño y estaba Dios. No se imaginaron que la madre de Nébula y él eran la misma persona.

Se convirtió en pájaro.

Cada personaje inventó una consigna. Pronunciaron con devoción palabras hermosas, y cada jota venía con cadáver.

La dueña de la panadería fue hasta el local de antigüedades a buscar cuadro, espejo o tela. Los lunes a la mañana la puerta de su negocio se infectaba de ajeros del futuro que le tapaban la vidriera y la gente no se enteraba que era la única panadería abierta del barrio. Su plan era poner un limbo y que ni bien cruzaran a esta dimensión se vuelvan de dónde vinieron y sus ventas aumenten.

Descubrieron en qué parte del barrio queda el infierno. Fueron hasta ahí y desafiaron alturas, basura y vidrios rotos para improvisar escenas de confrontación. Se preguntaron si se puede ser sin pensar, y luego se extrañaron con la muerte. Florecieron sin sangrar y esperaron las buenas noticias.

Otra puerta se abrió al tirar el dado. Llegaron los fantasmas del descenso, el tango y las discográficas en 1955, se rompieron espejos por la boca, el fanatismo en todas las personas del singular. Un hada madrina llamada Azucena clavó en la cancha la bandera del aire. Un tachero entró en escena con su coche de aire acondicionado, y un pájaro dentro de él que acompaña a los clientes en su viaje.

Era el de la jaula (al final gritaba de calor). La bailarina le regaló al Águila Barbero el lunfardo y lo abandonó. Este voló hasta el Roca y se dejó derrumbar en uno de los pinos del patio que les da sombra a los niños detenidos. Criaturas que alguna vez fueron capaces de llenar una camioneta con balas, y estrellarla contra el portón que les dice que no.

Enfrente a la cancha (del cuadro que seas) mujeres hermosas y blandas colgaban de los árboles desnudas, para que los pintores en banquitos bajos y rotos desde abajo las pinten. Nadie se asombraba por esto. Ni las viejas que iban para el chino, ni los hinchas, ni el fileteador que siempre estuvo de espalda.

Menos humano, más dominio, menos placer. Satélites artificiales las pelotas.

Todas las historias de amor del pasado están sostenidas en su tensión por falta de comunicación. ¿Los dioses influirán sobre el juego? Taquito, rabona, corner, driblear. Bailar tango y gambetear se parece. Como el fanático traidor que nunca vio al fantasma del descenso, ni le creyó a la bailarina (su amor), y luego la dejó.

El fantasma se declaró inocente.

.

Arrastró las palabras hasta la esquina con toda su fuerza, pero la alcanzó el patrullero. Resignada y ciega por las luces, puso sus manos detrás de la cabeza y le dio sus datos al cobani para que busque en la máquina si tenía

antecedentes logocriminales. us piernas perdían fuerza cerca del pozo donde descartó las oraciones, el día que trató de hablar como en la antigüedad, y perdió según las leyes, la brújula. Una multa de milpe por letra le recontra cabía. Si vos no cumplís con lo que dice la RAE tenes que pagá.

- ¿Tenes algo que pueda comprometerte?

-No Dr (le dijo con señas) El rati le respondió:

-Si tenes algo sacalo y rompelo ahora mismo.

-Le juro que no tengo nada (agregó la mujer en pensamiento de señas) El policía telepáticamente le dio su última oportunidad. Ella se quedó dormida y soñó que compraba una pala y sogas por Seguro. El policía dormido le puso los ganchos a la mujer que no usaba celular, y venía jugando al ring-raje a la mancha y a la escondida sola, y todo a la vez. Y al despertar gritó: Animal imperfecto.

Corsario.

Nicódromo.

Hipergélido.

Milanesas con puré.

.

Cuando lee en el tren, escucha de fondo distorsionarse su idioma en voces desconocidas, idiomas abandonados en la antigüedad privada. Si para de leer, pierde su español, y entra en un viaje de extrañamiento sonoro que la distrae, y las explosiones entre andenes le llenan la boca de humo.

Ovejas blancas de manos humanas negras tratan de escapar del vagón, y corren los niños a buscar al maquinista. Su inteligencia es apuñalada por vendedores y el camino que deja al sangrar, hace resbalar y morir a cualquier piropador de las 19.

El sol cada vez más cerca. Una flor amarilla aterciopelada. A su derecha el campo se mueve terco por el viento, observa los frutos de tallos largos. Vomita en puntas de pie al ver flores de carne cruda. Es porque falló. Volvió a las milanesas por gula, ahora tiene que anotar las consecuencias del bajón. No más cadáver para mí.

Anteriormente fue animal. Un animal sombra.

No tardó en vibrar en su almohada el solsticio del año. La oscuridad llegó en olas que la pasaron de rosca al volver a la orilla. No sabía nada sobre el principio. Un laberinto de ondas duras y altas latía alfombrado de rojo oscuro como su sangre.

Comenzó a dudar si estaba entrando en la muerte.

Antes de eso, recibió uno a uno a los humanos que necesitaban su perdón y estaba lista para darlo. Como si ella fuera una deidad los poseía en discursos y la razón era suya. Luego apareció en el laberinto. Y si, era la muerte.

Mambra arrastró las palabras hasta la esquina con toda su fuerza, pero la alcanzó el patrullero.

Sabía que estaba mal. Igual se dejó llevar por sus deseos carnívoros y estuvo meses sin escribir.

-No más carne, comeré flores y tierra, piedras y agua, polvo y perfume. Y jugaré a la play.

Recitaba este mantra cada mañana al subir a la nube.

El cerebro le sobraba. Soñó morir. Hubiese preferido nunca antes haber puesto una letra al lado de otra y otra, y luego su nombre.

-Cuanto más quede de mí, más seguro es que tenga que volver. No soporto eso.

Quiero ser sin pensar. Sólo estar al sol y no tener historia.

El espejo del café la escuchaba y la desaparecía.

A todos les pidió perdón, y la humildad se encendió en su aceite iluminada como el petróleo. El escenario de su vida se cayó de cartón, y giró mil veces tratando de entender por qué nada de eso existió. Lo vio caerse, todo fue una obra.

Le avisaron que era hora de irse. Hora de volver, y tenía que dejarlos en sus camas durmiendo. No los pudo dejar. Resucitó.

-Resistí, grité. Aparecí en una camilla fría, y el techo estaba muy alto, me tiraron en la cara una tela cuadrada negra mojada y sabía que era lo último.

Finalmente perdonamos para recordar, dijo en voz alta.

Estaba libre de cualquier culpa, y a cambio recibió el recuerdo de su última, o quién sabe próxima muerte. Por raíz. Por memoria genética. Prolongó el dolor de estar viva. Por ellos. ¿Cuántas veces habrá muerto? No quiere volver a dejar rastros en este mundo. udo ser sin pensar, y volver.

Eligió el silencio.

BLUES POR RIVADAVIA

Las tres primeras notas de Cry me a river, y la espera de un mensaje que chocó contra un árbol lleno de jaulas. Peregrinación por Rivadavia hacia Lujan y él caminando en contra de los devotos les pidió perdón a los locos y a los crotos. Y un montón de vivos manosearon en la esquina la sombra de la virgen, que, por alcohol, falta de experiencia y zancos ya no pudo estar en pie, ni volver a casa.

Una vez al año las ratas de la estación de Ramos tienen la posibilidad de convertirse en persona. Este beneficio mutante lo conjuró quien antes fuera dueño de las tierras donde los gallos de riña tenían una sola camiseta. Y cuando aún existían los suicidios en masa.

Esa noche se preparan, fingen ser humanos que salen de trabajar y se meten por el portón de madera a un bar que no está comprobado si alguna vez existió.

Los mozos con un pucho en la boca se taclean antes del turno, para comenzar una guerra de rejillas mojadas que termina con un partidito de metegol.

Las ratas en su nuevo cuerpo se sientan en los boxes sin respetar los carteles que dicen máximo cuatro personas, y maltratan a todo ser viviente que esté a cargo del servicio. La palabra propina para ellos es más dinero para beber. Incluso las ratas de otras estaciones a la hora de pagar, cuentan monedas, y se vuelven a sus casas en naves importadas que rugen, hablando lenguas de palabras con arrastre, y llevándose ilegalmente los vasos del bar como recuerdo.

A las seis de la mañana cuando la gente que trabaja a la noche tiene que volver y está muy cansada, antes de que lleguen a la parada del colectivo, ellas vuelven a su forma por los rayos de las vías y corren a contarse la experiencia unas a otras. repan, gritan, se pelean por hablar primero. Los

trapitos les ponen agua, las saludan... baja la barrera y pasa el tren.

Su percepción está entre un animal y un insecto que viene corriendo. Como las arañas que no se sabe si son animales o qué y tienen mil maneras de asustar. No creció la llave en la lámpara. No llovió y su corazón a veces grita encarcelado la trampa humana de la soledad. Y se ven mesas con llave en lugar de apoyo de tazas... el tren explotó el otro día cerca de la noche y no abrían las puertas ... del otro lado de Rivadavia había un hombre que tocaba el saxo por monedas y a su derecha, un espejo para que puedan mirarse al mirarlo. Nadie lo escuchaba. La habitación se llenó de moscas, entonces Balaur escribió sobre la materia de este mundo.

Enseguida que algún varón se ensaña, que insiste y es menor, que es tan distinto que aburre, y la invita a su casa luego de muchos chistes y persecuciones de lupa.

Que se tiene que ir hasta el pie derecho del oeste y no sabe llegar... mira su apellido. A ver si tal vez, su descendencia ya los unió anteriormente y está perdiendo el tiempo. Para no repetir o para descender bien.

-Qué cosas yo haría por él? Ninguna. Estaba más que claro que no sentía interés.

Pero él era tenaz. Era tan joven.

Craneó entonces toda una historia de amor triste, y se arrepintió de aceptar el juego.

Pobre hombre que se derretía en la sal de las velas que nadie iba a cambiar. Que contaba cubiertos y la miraba por el espejo de la escalera. Que le hablaba directo a la boca, y la trataba de encerrar con las escobas antes de cenar.

Le preguntó, si ella prefería o no, que él la siga apurando. Él no sabía que ella lo estaba usando para escribir. Que era solamente material, que nunca iba a tocarlo.

Que jamás le daría su piel a alguien tan débil y amainado por un montón de tajos sin cross. Que nada podía hacer solo, y todo lo hacía por órdenes. se imaginó que leería el libro que le prestó, y menos que le relataría el futuro a los pies de su cama, cuando le negó la explosión y el tiro dentro de pensamientos en círculo picado de victoria y acabado, perfumado de milf. Él levantó la espada sobre sus hombros, y ganó. Ella bajo la cabeza, pero no tenía lápiz.

Él muchacho cumplió los pasos de tango que ella le enseñó como

agradecimiento.

Mientras preparaba el mate, él se acercó por atrás y trató de matarla. Se quedó quieta, y el rosario de madera de su pecho voló minutos después abajo de la biblioteca. Se lo arrancó, y él gritó su nombre mientras ella le tapaba la boca con Piazzolla de fondo.

La besaba como en las películas. En cada abrazo su piel se transformaba en sudorada. Y no vino solo. Trajo con él al hombre que ella ya no necesitaría.

Se subieron a una torre oscura. Y después se derrumbaron junto a la misma torre de escombros oscuros, y él abrió una cerveza. Por primera vez puso música, sonó Dalila. Ella apretaba fuerte dentro de su mano una estampita de Tita Merello y lo esperaba para que se vaya. Y sentía pena por esos dos hombres que se irían sin ella a reencontrarse con otra al día siguiente, durante su último fin de semana como camarera, en el bar de las ratas.

TESTIGOS

En el barrio no se puede distinguir quienes se quieren posta, de los que sólo aparecen cuando pasa algo. Carroñeros de historias con falta de identidad. Como Ifédra.

Lo primero que siente cuando el tren explota en colisión meteórica o semántica: se corta la luz. Luego llegan los gritos y el terror.

Iban por Sanabria tratando de sacarle las rueditas a su bici, juntando equilibrio como lavanda un domingo de lluvia. Ella es una Almanaca, y todas las demás son idénticas a ella.

Era de noche, y su hermano aprendía a escuchar en la escuela de música.

Ella armó su propia ruta, y le avisaba a su mamá que llegaba una esquina para que la espere. Cruzaron. Al subir el cordón vieron una nena sentada en la entrada de una casa llorando con un hielo en la cara, tratando de sanar la parte izquierda.

A su lado había una bebé que no parpadeaba. Un montón de mujeres rodeaban a la madre que no podía contestar entera ninguna pregunta. Tenía un corte bajo la avícula y no lo había sentido. El auto todo roto

descansaba en el medio de la calle.

Pulpo de fruta.

Llegaba la ambulancia cuando las nenas se miraron y corrieron a abrazarse, las dos de la misma edad y cátedra. Sólo una, Almanaca, la otra no se sabía que especie literaria la habitaba todavía.

Que la querían, que no llore, que todo estaba bien. Se habían conocido en el cumplevampiro, las dos estaban enojadas en un sillón porque pusieron regueton.

Fueron juntas a quejarse hasta que sonó Riff, y se hicieron amigas por siempre hasta el invierno.

Enfrente estaba el que tuvo la culpa. Con sus amigos, asustados y pícaros de a ratos, murmuraban otros temas.

Mondrágara recordó la esquina de su casa de la infancia, 9 de Julio y 180. Cientos de choques, casi todos trágicos y treinta años después sigue sin semáforo.

Días antes de mudarse a esa ciudad, un colectivo giró a la vez que giraba una mamá en bicicleta, con su hijo atado atrás. La mujer quedó en el punto ciego del colectivero. La pisó. La mamá de Mondragara (Dios (exprostituta)) llegó corriendo, y trató de salvar al nene que convulsionaba. Tenía dos años. Su padre estaba trabajando y esperando la hora de volver a su casa para abrazarlo. Él no lo sabía. La ambulancia tardó. Lo sacaron en una caja de fósforos cubierta en una bolsa negra. Su madre lo miró fríamente irse en el furgón del tren que explotó entrando a la estación de Ramos cuando las puertas no abrían en el pensamiento de una escritora.

Ella dijo que se iban para el Vélez. Le dio la llave de su auto chocado a un desconocido de traje. El hombre lo estacionó en la heladería y huyó. La policía que guardiana la esquina de Sanabria y San Blas estaba de espaldas charlando con la dominicana del supermercado nuevo.

La Almanaca llegó a su casa, dejó su bici y se tomó un vaso de jugo de un solo trago con la mirada perdida. Le escribió cartas a Francisca. Lloró por ella.

Al otro día fueron a buscar testigos.

Nadie vio ni escuchó nada.

ERRORES TÉCNICOS

Wonder le explicaba que antes en los escenarios los músicos se derretían por la iluminación del show. Hoy no pasa lo mismo porque tienen luces frías, luces de led. La mesa estaba llena de vasos vacíos y él no paraba de indignarse por los errores técnicos. Estaba en Constitución, y no sabía cómo volver a casa después, y tampoco le importaba.

Ella no quería cerrar una fecha porque sí y tocar a sala vacía. Mondrágara lo entendió cuando la cantante hizo la señal del puñal al corazón.

Leyó ese libro que le recomendó la bailarina. Si hubiese tenido para ella cinco horas libres, se lo leía de corrido. Pero lo terminó hoy frente a la ventana de su pieza con el mate, el churro y la lluvia. Se quedó buscando en el índice final un pedazo de poema. Y cree haber entendido lo que es amor.

Sabe que cuando Dios muera, va a poder escribir así. Antes no. Sólo sin escribirlo.

Buscó un marco cuántico para colgar el espíritu de su mente, y soñó malas noticias.

Bomberos contra policías.

UNA BRUJA

Cuando los hermanos Abdul llegan a Camarones y Segurola, agudizan su vista para ver si ven a la bruja en la panadería. Debe medir un metro diez, jorobada, renga y colorada, se pinta sin querer la boca como payaso, y casi no tiene pelo adelante. Realmente da miedo. Los adultos dejaron de soñar con ella y empezaron a soñar con los gritos de sus hijos al encontrársela. Dicen que cuenta con un sistema de frascos en su casa (que por supuesto nadie sabe dónde queda) que usa como cámaras, para saber qué nenes del barrio se portan mal, y cuándo pasan por la panadería para asustarlos con el fin de que no lo repitan.

Se huele el pan caliente de las bolsas que salen del negocio, gruñen las panzas como monstruos. El corazón de los hermanos acelera como

tambores africanos.

Y su madre, que disfruta con malicia escolar del miedo, les avisa que ella está cerca cada vez que se pelean.

La primera vez que vieron a la mujer con cara de pájaro, fue en la esquina de San Blas y Seguro. Desde la puerta de la licorería y señalando con un agudo espantoso sostenido, el hermanito menor Abdul llamo la atención de todo el radio, al grito de "una bruja". La pobre señora, avergonzada y sorprendida se quedó uda mirando a la gente que la observaba, con culpa, y desde entonces va a la panadería a ver si alguien encontró su voz en las veredas. Creen que se la tragó.

Hay carteles de recompensa por su voz en toda la cuadra, creando así mucho más terror entre los niños menores de ocho que se comunican la historia en los recreos, los saludos a la bandera, o cualquier otro momento donde su señorita no esté presente con los oídos.

Y se debate por supuesto entre los cerveceros del café La esponja, que después de la quinta jarra se les agotan las anécdotas entre el satélite y la pelota, y razonan de manera científica dónde vive, quién es, y por qué sale siempre de la panadería sin comprar nada.

S es una bruja misteriosa de Floresta. El que haya encontrado su voz, es el único que conoce su historia, y su verdadero nombre.

MARIPOSITA

Cantando "Mariposita" siempre se lleva la romántica sorpresa de cruzarse con una. Se lo tuvo que aprender de memoria al tango. Al principio no creía que las mariposas se acercaran por la canción, pero luego de tantas visitas confirmó que ése, era su himno.

La primera fue Rosita Quiroga. Entró al jardín de infantes y todos sus habitantes lo rodearon para ver a la reina de alas vivas. La directora tatuada señaló el patio y todos marcharon hacia ahí para soltarla. Astrolauta era el líder de la mañana.

Lo siguieron para darle libertad a la mariposa. Ella no quiso volar.

Luego vino Azucena Maizani, Lidia Borda, Libertad Lamarque, Ada Falcón, Nelly Omar y otras tantas.

El verano pasado Astrolauta consiguió en el mar un anillo de cascabeles, y fue haciendo sonar en su pecho una milonguita. A las cuerdas apareció en un cordón desmayada Tita Merello. Sus alas gigantes por dentro estaban grises. No pudieron hacer nada.

Astrolauta la guardó en su bolsillo, y horas después puso el pantalón a lavar. En un tambor de metal volvió a marearse durmiéndose con bronca en su nuevo desencuentro, y se le dilataron las pupilas al pibe, al darse cuenta de lo que había olvidado. La luz oscura cubrió el barrio por unos segundos como una mediasombra, y carcajadas roncadas agradecieron el recuerdo desde sus crisálidas.

ESCUELA DE MÚSICA

Había una vez una piba que, en la hora de teoría de la escuela de música, miraba por la ventana. Su profe había dejado de insistir pidiendo su atención. Ella quería estar ahí, pero las melodías estaban afuera, por la calle Camarones.

El 47 y el 25 amortiguaban la loma de burro, regalando efectos extra a los pasos de los bailarines de la escuela de enfrente, la de danza. Su nombre era Winter Sunshine, y tenía siete años. De marzo a diciembre se sentó frente al piano a improvisar canciones desde la estrella de Nahiara, galaxia que queda al norte de cualquier lugar lejano para los chicos. Pero eso no le alcanzó para pasar de año.

Llueven pentagramas de aullidos a las 1840. El verdulero y el carnicero se pelean.

En la casa de arte prenden un ratnamala, y enfrente, al lado del kiosko, finalizan su día empinando una birra en corbata, los florestaenses.

¿Qué pensara Winter Sunshine sosteniendo su cabeza con el puño cerrado, y el codo clavado a la mesa? ¿Será tal vez en Ledesma... en como se dibuja en 3D...

en buscar finalmente en el diccionario la palabra sodio porque nadie le puede responder con claridad? Las rejas altas le hacen sombra en la carita, y los pensamientos entran por los últimos rayos de sol hacia el suelo, polvoreando de luz las negras.

Ayer un grillo en la pileta se hizo el muerto para que le hagan upa. Su piel de leopardo anfibia, y pompis naranjas como los sapos venenosos de las vías, lo hacían un mensajero de lujo. El matamiedos le decían sus amigos.

WS lo acostó en sus dedos. Le cantó el himno de la magia de la amistad y arriba de su cabeza apareció una llave de oro girando y resplandeciendo. Ella saltó, y la llave se cargó en su historial, y al mirar sus manos ya no había nada.

Volvió a su casa, y prendió el espejo. Se vio hermosa como siempre, y mando caritas. Pero el corazón le dio un salto para atrás, al ver una araña gigante bajando del techo.

Tanto se asustó que no tenía voz para gritar, ni podía correr. La araña como una lenta mano negra descendiente, bailaba en el aire, pareciendo un afrobaby asesino. Al estar frente a frentes, Winter Sunshine pudo liberar el grito más aterrador del pasaje Tacuara de la historia de los cortes de luz. Todos los vecinos omaron la cabeza por sus ventanas, buscando el auxilio. Pero como es común en esta calle, nadie ayudo a nadie.

Las pupilas de la nena, crecieron y se achicaron en un segundo. Su mamá estaba escuchando muy fuerte en la radio a Edmundo Rivero, y no se enteró del peligro que corría su hija. ¡Esperen un momento! la araña no aparece en el espejo

-un fantasmaraña?...

-No

-Picas?

-No.

-Estoy dormida?

-Esto no es la ouija nena. Dijo la araña quemándose los labios con una tuca. Me manda el cisne a buscar la llave. La nena y el insecto hicieron así con las narices, entonces Spinetta empezó a sonar, llevándose el miedo a otro lugar. El mismo lugar dónde se hacen máscaras para el rey.

La llave servía. La mamá golpeó la puerta preguntando si estaba todo bien. La araña respondió que si con voz muy grave. Sebas, deja de asustar a la nena, dijo la mamá pensando que era el padre. Era la primera vez que ella veía una araña con rulitos y rastas.

Timbre.

Hora de irse a casa.

- Hola mami te extrañé.

-Yo también hermosa. ¿cómo te fue en música, la pasaste bien?

-BRE bien. La profe no vino.

LA MISMA CHINA

Podía imaginar porque Lucía quería un porro. Cuando vio la noticia, pensó que era su hermana. La misma risa, la misma china.

Para qué nos vamos a poner a hablar de si somos o no somos putas y cuántas veces nos salvamos. Acá lo que yo veo, es que seguro a la marcha van a ir golpeadores, asesinos y sádicos, junto a sus madres y sus hermanas que ni se lo imaginan. Lo van a compartir en sus muros de campeones también. guen apareciendo en internet. Siguen tocando en bares, porque alguien los apoya y no sabe, o piensa que los demás no se dan cuenta que sí. Como en el subte, cuando sube una mujer con un bebé, o con un nene o nena, o un viejo con su mujer... y todos están leyendodurmiendo. Acá pasa lo mismo. Si es tu amigo, te re cabe. Seguí dándole difusión. Arriba o abajo del video publica niunamenos tranquil@, que nadie se va a dar cuenta.

ALGUNOS HOMBRES QUE FUERON ASOMANTES Y HOY NO SON

Lo imaginaba capo, tipo cigarro en la boca jugando al pool, sonando Gary Moore.

Hábil. Qué desgracia. En cambio, recibió una charla a los gritos en campana dominó, por la carminaburana revolución e invasión de sorpresas marinas, por una mentira de Pergamina.

Un hombre de poca estatura, bailarín de chacareras embrujadas, colectivero y borracho. Adorado por mujeres ficticias. Protegido. Débil. Buen cantor. Nébula siempre odió a Dios. En su padre esperaba salvación y porqué. Tendría que tener el mismo poder que percibe al estudiar física en su cosmos infernal, pasional y peste.

Es una hembra impar. Un loco satélite en Carrasco, turba temperamento y

tul.

Sabe hoy al fin lo de las tarántulas y las piernas, lo entendió. Hizo un dibujo fatal se comió la flor, y durmió en once dimensiones.

Por su culpa, es una mujer enorme.

.

Le ganó a Leguizamo... Leguizamo. A él no le dedicaron un postre donde el diablo perdió el poncho. Sus ojos eran como el océano de noche. Si llegaba tarde no la dejaba entrar. Lo recuerdan girando en círculos del brazo de la que trataba de sacarle el bidón de kerosen para que no quemara la casa. Se portaba mal el viejo, pero cómo las quería. Damajuanas de vino tinto.

- ¿Dónde está mi plata?. Me tiro abajo de un auto.

.

Hombres llorando lunes a la mañana haciéndola llegar tarde al trabajo. Tenía que reiniciarse en el baño del bar antes de llevar los pedidos, terminaba enferma de ella misma. Tan lindos muchachos, todos rotos de no saber ser. Qué aburrido.

Tendría que haberse animado a besar a esa abogada que siempre la arrinconaba cuando le llevaba café, y no recordaba su nombre. Aceptarlo.

ASADO

Aquel domingo la familia se juntó en la terraza e hicieron asado. Los chicos dibujaban con carbón Esfinges de Morgan, y los padres en jugo de limón tragaban en cubitos los hongos.

La nube de moléculas estacionaba en los ojos de la hija aromas y recuerdos. Sin átomos, y un lugar vacío para que se muevan, el mundo nuestro perseguiría en esgrima al espejo sólido y estático. Su pelo se pegaba a todo. Cuando viajaban en colectivo, para bajar había que arrancarla de raíz de los asientos y las paredes como una enredadera, su pelo castaño parecía verde y se erizaba como una bestia dulce.

La fuerza de los átomos se concentra en el núcleo. En su mente, habitaban reinos de neutrinos. Los hijos en la cúpula del sueño y el desenfoque, prendiendo y gando hojas verdes del gran árbol de la vereda. Saturno, Dios del plomo quedó enganchado a las penas de Mondrágara cuando Geranio metió al Asomante en la arpillera. Y el huésped pivoteando se acercó y pronunció sin error palabras que le compró a Miserio por el pasaje Tacuara: Este espejo se me rompió en la boca.

El hijo que no controla su fuerza por la velocidad en la que crece, come como un oso. El padre lo mira. Espera entonces que se le vuelva a caer algo al suelo para retarlo. La madre mira al padre agazapada y oscura. El hijo siente la presión y cuidando que no se le despinche del tenedor la papa, de que vaya directo a su boca, se esfuerza para demostrar que él tiene el equilibrio que necesita para hacerlo sentir orgulloso, y tira el vaso de jugo encima del padre. Antes de que el líquido lo toque la hermana le pasa a la madre un trapo, y lo limpia. Se para. El hijo mete la cabeza abajo de la silla. El padre se burla y lo juzga. La madre le pregunta entonces al padre si quiere que su hijo trate así a su nieto como lo hicieron con él los tigres de la vergüenza.

Abandonan la mesa sin levantarla.

El padre se va a llorar sin lágrimas.

La madre aprieta a sus dos hijos y los besa.

Todos bajan a escuchar música y sonrían dormidos.

MATEMÁTICAS

Ifédra estaba soñando. Observaba el cielo nocturno, sus astros y el silencio que tanto amaba. Apareció en su pantalla una negra afro con ojos de serpiente. Ifédra se sentó en el colchón y trató de escucharla, pero no lo logró. Amplió sus hertz como paraguas negros. La negra le contaba una historia increíble, ella lo sabía por los gestos que hacía, y estaba a punto de gritar por no entender.

Recordó aquel libro que veía voces, y cómo los Mayas tenían sus propios conjuros en señas. Supo cuánto desconocía de matemáticas y lloró. Ella quería estudiar física, amaba la física, pero la física a ella no la amaba. Al-Hasem les ordenó a las diosas que la escoltaron a La tierra que le apaguen un hemisferio y hasta las estrellas de sus números que son el idioma de la ciencia. Cardomomo le avisó que la pregunta era cuándo. Y entonces ella tuvo que estudiar literatura, y aguantarse el amor. ruzó el

horizonte de sucesos. Faraday la esperaba con el termo lleno en un túnel de aquel sueño. Supo entonces que el tiempo como su paciencia también se deforma.

Al llegar se sentó junto a la ventana y tragó líneas espectrales. Todo el universo estaba conformado de los mismos elementos. Nacemos, crecemos y morimos en un campo de fuerza. Las fotos, que guardan viajes en el tiempo son fantasmas preservados por la luz que nos dejan adentrarnos en el recuerdo. Entonces ella miraba dentro de los demás y anotaba su cura.

La luz más antigua proyectó sus sueños de barro. Dados rebotando por Liniers.

Confucio. Trucos de luz. La cámara oscura de Motzé. Cazadores y recolectores sin comandos, constructores de la civilización. Caos. La longitud de onda del sonido determina el tono que escuchamos. La longitud de onda de la luz, el color que vemos. El sol le da el color a las flores. Los engranajes del sueño aceleran a Ifédra expulsándola hacia otra aula. Aún no la escucha. Seguirá soñando con las clases de física hasta el fin.

Trueno, onda choque. Nada podría jamás alcanzarla. La negra de ojos de serpiente despierta en el futuro cansada de gritar silencio.

Ifédra va a escuchar música eternamente en una sola octava para entender desde el aburrimiento, cuándo es que ella no puede. Y las estrellas bailaran con sus parejas invisibles. El imperio de la gravedad gobernará el reino de los cielos.

Hasta la luz se rinde ante la gravedad. Una distorsión del espacio/tiempo.

-El universo tiene alrededor de 6500 años luz. La tierra gira a 1600 km/h. Neptuno es el más lejano. No existe un lugar fijo en el universo. La luna está a una segundo luz de La Tierra. El sol a ocho minutos luz de La Tierra. Él no sale, La Tierra gira y nosotros con ella. Los fantasmas existen en las estrellas. La Galaxia del sombrero es la luz más antigua. Es muy tenue, 400 millones de años. Principio del tiempo. 13800 millones de años del Big-Bang, se formó la energía el tiempo, el espacio y la gravedad. La luz viaja a 300.000 km por segundo.

Ifédra suelta y cuenta su materia estelar. Acelera los datos que no comprende y pierde el equilibrio. La absorben y reacciona. Sostiene la frecuencia y energía de las ondas de luz. Trata de borrar con la lengua la violencia ciega a los rituales.

Despierta, y se toma un actrón.

CONTRABAJO

Ella quiso escribirle por privado, entonces abrió el word.

Pensó si tal vez tardó mucho en expresarse y entonces él se fue pedaleando solo al oeste a buscar a una compañera. O si él algún día le tiro una señal y ella estaba en el subte.

Ifedra supo experimentar con él un nuevo tipo de amor. Y se quedó tranquila con eso. Entendió por hemisferio.

Pero soñó más de una noche, y al despertarse tuvo que nadar en cavernas, con peces sin ojos y monos que parecían gatos negros. Ella empezó a dudar si contárselo o no, porque sentía que le estaba ocultando cosas y era bastante incómodo tener esos sueños líquidos de espíritus del blues.

Imaginaba decírselo entre risas. Tal vez él se quedaba serio, y ya no le hablaba y hasta se lo decía a su mujer. O tal vez él se quedaba serio y no decía nada. Y se iba. O tal vez se reía y le metía la mano entera en el tajo y la deshuesaba.

Uso sus manos para escribir. Para no ser egoísta. Para que el griego y el latín no lleguen en haikus.

Por haber dejado el impulso cordófono en otro varón.

Porque sabe las cosas que es capaz de hacer por una historia.

Él nunca se enteró de sus fantasías japonesas. Salvo que él le haya mandado los mensajes al sueño.

- ¿Lo hiciste?

Muchos diccionarios, una mujer arqueándose bajo la lluvia apretada por dentro, y un hombre muy alto.

SUEÑOS COLECTIVOS

Nébula duerme gratis a las personas. Hace que se despierten con dolor en todo el cuerpo y la visión vibrante. Como estando al fondo del océano dónde nadie llegó.

Y es feliz con eso. ébula que anda siempre sola desde que Invierna se apoderó del arcón y no tiene enemigo, traduce en sueños mensajes de otros durmientes. Cuentan también que ayuda voluntariamente a los niños que conocen esta historia a dibujar Asomantes.

Se pone detrás de ellos con un círculo blanco gigante, esos que usan los fotógrafos, entonces los Romos pueden ver la imagen del engendro con más nitidez y dolor.

Nébula Alambique ya no siente odio todo el tiempo. Considera que, aunque se ría, está enojada para que no crean ahora que es una tibia. Imagina que colecciona autos miniaturas de los 50'. Al desayunar se sirve dos tazas negras de café. Puso en su habitación un espejo, y ya no se preocupa por su belleza suprema y oscura, entiende que a mayor masa mayor atracción y disfruta como un elixir del inframundo todas las porciones de pizza que le entren, y vino ilimitado.

Se rasca a la sombra la virginidad, y espera que Balaur escriba.

El huésped lingüístico hizo un trueque con Nébula. A cambio de su flota de barcos voladores, le prometió palabras mensuales robadas, durante un siglo. Los Romos se arrancan los pelos durante meses tratando de recordar la palabra que no pueden pronunciar. Y Nébula se ríe a los gritos, y las acaricia como gatos en su falda mientras pasan de cursiva a mayúscula, fumando las últimas flores.

El huésped espera agazapado dentro de las heladeras en verano, y en invierno en las bañaderas. Se mete en las casas de los inspirados y con una gran red de baba del diablo se lleva las mejores palabras, así los Romos desesperados tendrán que recurrir a diccionarios de sinónimos que el mismo se ocupa de vender. Se puso un local por el pasaje Matate. -Sólo diccionarios signora. ¡Compre! Mambera mientras tanto maneja la comunidad onírica, donde se encuentran personajes del barrio una vez al mes, en la misma dimensión o intersección de calles, y comparten sus sueños. Es una oportunidad para reencontrarse con personajes que murieron en historias fatales, pero su imagen continúa por Floresta.

FUGITIVOS LITERARIOS

En la biblioteca donde se juntan los jueves a contarse historias y escribir, un montón de personajes vivos, se habla de personajes mudos, que deambulan con u creepy gracia por las calles. Estos podrían ser personajes muertos en historias que no lo aceptan y siguen paseándose por nuestros ojos, con el fin de impresionarnos con su resignación con el fin de ser incluidos nuevamente en la dimensión literaria. Los más valientes se muestran por completo y nunca miran a los ojos. Los más débiles se quedan a vivir con la persona que eligen y los espían por radio mientras estos duermen, se bañan, cocinan o leen, o se asoman por las paredes y las ventanas.

El huésped, que no puede jamás quedarse quieto, le roba de vez en cuando a Mongrágara su estado alfa, y salta al espacio a convidar antigüedades desconocidas a una negra afro con ojos reptiles. Aprovecha en esos saltos al vacío y promociona su nuevo negocio en la dimensión onírica. Se sabe que un montón de almas tramperas aún están tratando de darle forma a palabras que no pudieron recordar mientras vivían.

Cardomomo está segregando algo parecido a la Galantamina. Él sabe que no le queda bien ese papel, pero ¿qué va a hacer? Suena Pugliese 24x7. Y los recuerdos chocan bailando tango en la cabeza que habita. No puede salvarlo todo. Siente ganas de llorar de tanto trabajo.

Reflexionó sobre un sillón de carnicero sobre algunas cosas en este tiempo. Cómo es que algo que nos permite estar vivos y está dentro del mismo cuerpo que nos prestan no puede alcanzarse con las manos. Se parece tanto al amor. ¿Quién alguna vez no quiso arrancarse el corazón y bebérselo frente al fileteador que siempre está de espalda? Le quedan muy pocas alucinaciones hipnagógicas (que son las que recibimos cuando estamos a punto de dormirnos entre el sueño y la vigilia) y estas son fundamentales para la comunicación pacífica con los Asomantes.

Por otro lado las alucinaciones hipnopómpicas, (que son las que aparecen cuando estamos a punto de despertarnos, o las que se experimentan en la parálisis del sueño) están en pausa permanente desde que él supo que las Almanacas huyeron.

Y no sólo eso, sino que fueron diagnosticadas punta de onda. Desde entonces segrega sustancias voluntariamente y al azar, con el fin de llegar a la que controle las descargas eléctricas de esas Nanaicas oscuras que ya no están, por si tal vez, algún día vuelven, y desean descansar. Se dice que las fuerzas médicas les recetaron Clobazam y les prohibieron el aceite cannabidol, entonces ellas se resignaron y haciendo willy en un Camaro

todo roto, agarraron la General Paz y a nadie más protegieron. e.

Estaba fría y adentro un montón de gente con el plano del cuello para abajo.

Lúltimo que vi fue la lengua que parecía un sapo. Era la lengua del cocodrilo.

Los cocodrilos tienen más años en la historia que cualquier animal. Están en la mitología. Los Mayas creían que el mundo flotaba sobre el tórax de uno de estos, y éste a la vez sobre una vasta laguna. Una mujer con cola de cocodrilo era Tauret diosa de la fertilidad en Egipto. O Sobek, que dicen que creó el Nilo. O los cocos momificados, y los laberintos.

Lo de las lágrimas de cocodrilo, que es mentira que se come a sus bebés. O la desgracia de los mil soldados de la segunda guerra mundial que trataron de cruzar por el río para sorprender a sus enemigos, y fueron devorados.

EL MUNDO DE ARRIBA

Al tercer pipazo llegué a la muerte. Me desprendí de la carne, fui conciencia. Al contrario de mi experiencia con la psilocibina, cuando pude ser sin pensar y era una flor amarilla al sol, esta vez vi la flor desde lejos nacer, flotar, en el medio de una galaxia limpia de colores y sonidos. Y de pronto, la desesperación. *LA INCOMODIDAD*. Era insoportable lo que veía, tanta luz tantas curvaturas, geometrías, movimientos imposibles, lo sagrado, la maldita flor de loto dorada queriendo tocarme, y yo, sin forma y sin manos para despejar la vista o arrancarme los ojos. La iluminación. El otro lado está por dentro. Nunca vi algo así, nunca lo voy a volver a ver salvo cuando muera de este cuerpo, de este mundo, de esta palabra escrita.

Y los colores acercándose y cambiando, los círculos agrupándose para matarme, y la flor de la vida. Yo que odio la yoga y la pelotudez de la paz, me encontraba ahí, cara a cara con dios. Con mi conciencia, con mi eternidad y la posibilidad de ver lo que siempre quise, mi mente por dentro, mi alma, lo que viene desde el origen y no puede destruirse.

Fueron los diez minutos más largos de mi vida. Había visto videos de lo que podía llegar a pasarme al fumar DMT. Me informé, leí mucho. Y quería hacerlo igual.

Sabía que nada podía superar el parir. Que eso fue lo más intenso de experimentar.

Ya no. Sigo preguntándome qué pasó. El mundo de arriba, me dejó sin escribir por meses, soñando paranoica, despertando a la vez que explotaban lamparitas en habitaciones vacías, saltando las sombras desde los edificios a mi patio y corriendo hacia los rincones como observadores. Desconfiando de todo. De vos, de mí, de amar, ¿quién soy? Me quedé quieta. Observé. Y lo sigo haciendo. ¡Los sonidos! todo se distorsionó.

Yo no estaba preparada para ver lo que vi. Ni para entender lo que me dijeron.

No estaba ni estoy preparada para esa información. Tanta belleza recuerdo desde acá, y ahí mismo era lo contrario.

La geometría sagrada... el big bang de mi mente... la flor de loto que odiaba y quería destruir por molestarme... la galaxia acercándose, con todos esos colores amarillos, naranjas, rojos, verdes, me querían manchar de color y yo solo pedía, por favor el blanco y negro. Por favor el silencio. Por favor que pare. Por favor volver a mi planeta y a mi cuerpo. Y cuando lo hice, lo agradecí por días. Gracias por dejarme existir en este cuerpo que vivo criticando, en este suelo del que quiero mudarme, este planeta con su hermosa gravedad y toda su injusticia. No me quiero ir más al espacio otra vez sin prepararme.

Y después vino una amiga doppelganger, el martes a la tarde, porque le conté lo que me pasó y a ella si le gusta el mundo Buda y sus flores y la geometría y los mantras... entonces se puso a saltar, que quería probar. Aún era de día. Ella que es tan dulce siempre, y nunca se enoja por nada, siempre sonriendo y sacándonos a todos de la oscuridad con palabras buenas. ¡Siempre nos convence de que todo está bien, nos da ideas! lla fumó como yo. Tres veces. Tres dosis de DMT. Tenía experiencia con ácidos, salvia, thc, y otras tantas así que no teníamos miedo. Al segundo pipazo estaba segura del tercero porque no le alcanzó lo que vio. Yo la entendí porque me pasó lo mismo, en el primero vi las lenguas, en el segundo fui al mundo de abajo y en el tercero al mundo de arriba. Al que nunca volveré.

P fumó por tercera vez, y su pipa se cayó de su mano, rebotando el ruido de vidrio en el suelo de madera cinco veces, trac trac trac trac trac, y hasta hoy lo escucha.

Yo estaba sentada frente a ella, por si me necesitaba. Y se transformó en una P jamás vista.

Ahora si tenía miedo. Mucho más miedo o igual, al que sentí en el mundo de arriba. P nueva, y los gritos las ventanas abiertas, el sol cayendo, el

guitarrista que eligió para su viaje, las puertas, nada de este mundo le servía. Me desesperé.

No sabía cómo callarla, ni como calmarla. Ni como calmarme, al verme desde afuera noches atrás.

Su viaje duró quince minutos, o veinte. De apoco empezó a volver. Me pedía que le diga cosas que ella conocía, su nombre, dónde vivía, dónde trabajaba, cosas familiares. Me preguntaba quién era yo. Todo se puso cuadrado y líquido.

Después nos reímos aliviadas. Y fuimos a la fábrica de pastas y a la verdulería a festejar los colores, el cuerpo y el planeta. No hace falta nada más después de ese viaje, porque nada importa.

EL FIN DE NÉBULA ALAMBIQUE

Soy la mujer que brota. Soy la mujer arrancada.

Así como es tu conciencia es la mía. María Sabina.

Curar con el lenguaje. En tus sueños a qué lugares llegas? María Sabina Balaur invitó a Nébula a tomar una birra por Floresta. Llegó en su moto gracias a la dirección de la estrella celeste. Conversaron mientras la noche acercaba sus banquetas. Ella logró relajarse un poco luego de que escapó hasta el kiosco a comprar cigarrillos y cuando volvió, él seguía ahí.

Balaur tenía mucho que escribir. Quiso llevarse de viaje a Nébula para pronunciarle encima ideogramas, pero ella dijo que no era el día. Aceptó que la acerque hasta su casa, y antes de subir a la moto, él la tiró contra un árbol con el casco puesto y la besó.

Ella que naturalmente desconfía y odia, se dejó llevar. Las ramas de los Hyperions que los sostenían soltaron a las mujeres desnudas que pintan los artistas cerca de la cancha, dejándolas caer, y ellas corrieron por el medio de la calle en diferentes direcciones pidiendo ayuda con la sonrisa de las palabras las negras.

Al día siguiente volvieron a verse. Y al otro.

Cuando Balaur duerme sobre Nébula ella descubre su capacidad de draco. Su intención es nutrirlo de oraciones, ideas y marcos. Le aplica la contraposición del oficio en su preocupación de páginas lentas. Le envía mensajes con la piel, cuando lo besa, cuando lo puede abrazar sin tiempo.

Hay fuego por todos lados y no se ve. Ningún escritor debería quedarse sentado en esta sala.

La segunda boca de dientes, el animal sombra.

Los juegos, el verano, la sangre en los pies.

Nébula usa su mano izquierda de cerradura y la derecha de llave. Al juntarlas y girar (depende hacia dónde) se despierta, o se muere. Éste viejo truco lo adivinó dentro de una pesadilla, y a nadie se lo había revelado, hasta entonces. El dragón es un gran intérprete. Ningún otro puede entender como él, en qué parte de las historias que Nébula cuenta, no se deben hacer preguntas.

Ella lo siente amansador. Y no le importa el orden de las conversaciones, y todas las palabras que él pronuncia que ella no conoce.

Y qué tipo de invierno los acurrucará. O si aguza sobre la armonía de sus letras un refugio idílico. O qué pasará con los personajes que, al dejar de querer a su autor, se inmolaran en accidentes o masacres. Cuando Nébula lo besa y cierra los ojos, la cara de Balaur se pone calavera. Los abre y es él, los cierra, los abre, es como prender y apagar la luz. Siempre que lo besa sonrío, y el aire entra y sale de sus pulmones perfectamente. Todo está bien, él, acaba de ser inventado.

- ¿Quién es este hombre dragón, qué trampas trae para vender? Los espíritus sonaron y ellos almacenaron la paz.

Los árboles saben del fuego. Saben qué hay dentro de él.

Balaur queriendo salvarla, la enterró y creció un ciruelo y se subió a buscarla.

Ella crecía y escapaba, él abrió el cajón y sacó un collar. Luego se abrazaron hasta el principio.

Y se despidieron. Y al otro día se besaron contra otros árboles, y jugaron como dos idiotas que nunca fueron escritores.

Nébula le dijo canchera a Balaur que no se preocupe ni sienta temor, que se llevaba ella misma al Asomante y lo dejaba en la estación Saenz Peña. A él y a todas sus manías que eran como hilos blancos gruesos y enredados. Que ya nada difícil de entender lo habitaba por esa tarde.

Descansaban en un colchón parecido a la bandera de Japón cuando empezó a sonar Vü-Dü Menz. Balaur que era un enorme dragón, gemía de

sueño y comodidad acurrucado en ella.

Los rodeaban libros negros y comics. Él se durmió limpio de manías y muertes.

Y ella alucinaba sobre él el final de un libro. Sintió la iluminación del fuego de los sueños llenos de explosiones. Podía ver otros mundos cuando lo besaba.

Nunca se confundió porque primero Balaur era ella, y después una parte de ella se mudó a un escritor con forma de dragón, y estaba bien para Spinoza. El pensamiento es una sustancia divina infinita.

Ifedra invisible del otro lado de la cama buscó en el cuerpo de Balaur su corazón, y apoyó su garra suavemente sobre él, protegiéndolo mientras dormía. Trataba de adivinar a qué se parecía, si África del norte o del sur. Latía adentro de su mano que también era un arma, pero en ese momento lo único que sentía podía hacer, era cuidarlo. Aunque siempre fue malvada sin querer, y jugó con la vida de muchos monstruos esta vez no tenía intenciones de matar a cambio de una historia.

Mondrágara aprovechó la epifanía de Ifedra y apretó el cuerpo de Balaur contra el de ella, y lo abrazó como una guardiana literaria que acaba de morir, pero aún no acepta irse de la dimensión. Invierna apareció de celos y trató de ponerle una máscara, pero no lo alcanzaba. Se había congelado a los pies de la cama porque estaba muriendo. Ni frío, ni oscuridad, ni maldad. El corazón del dragón latía como una bomba. Un átomo tratando de medirse a sí mismo. Una sombra detrás de una puerta en un beso de tinta, y las opciones de vida o muerte son abrir, o escribir.

África entera. Su mano derecha atrapándola sin escorpión. Invierna logró abrir el arcón de idiomas sobre la cama, y sin querer lo despertó. Mongrágara a la vez, salió nadando por la ventana al ver un rayo queriendo caer sobre la choza de escritura de otro Romo.

Nébula había muerto. Miserio Lupo conservó la flota de barcos y derrochó sinónimos desde el cielo. Continuaba rabioso por el envenenamiento de Invierna.

Se sentía un orco capaz de destruir ideas con solo pensarlo, traicionó sus propios principios, e interrumpió momentos históricos.

Invierna se quedó con la sangre mala. Y luego estaba desnuda y amputada mientras Balaur se despedía en bicicleta llegando tarde a la casa del alma. Lo dijo sin conjurar, pero funcionó. Y los días siguientes tembló y lloró sin un porqué.

Le había arrancado al hombre la duda. Y había crecido en ella una sombra ajena con trampas matemáticas imposible de descifrar, y autodestructiva. Y por nadie jamás había hecho algo semejante, y se sentía orgullosa de eso.

Geranio Calambre pasó por su casa, y ella no salió.

Ifédra recibió la llamada de su maestra de tango, y fue hasta su casa en Almagro a buscarla. Ellas dos tienen ideas muy diferentes respecto a la justicia, pero las mismas ganas de bailar. Por fin en los años treinta, una mujer fumando y paseando en corpiño rojo por la casa, cansada, conversaba y cocinaba, era su madre.

Hablaron de abuelas y tías, de gatos y policías. Después se fueron para la milonga.

No sin antes observar el Corán y las gruyas de una familiar lejana. aminoró a "Derecho viejo" la maestra le dijo a Ifédra que conocía un doctor que curaba desde lo cuántico, que a ella la salvó. Este médico iniciaba sus argumentos diciendo que el hombre era mitad persona, mitad animal. Después se enroscaron en maldiciones y al pasar por la mezquita, tuvo que detenerse a bostezar y a comprar cigarros, acertando en que la foto estaba negra, no enferma.

La maestra pagó las entradas. Todos estaban de gala. Sus zapatos y ropas eran tan brillantes y púrpuras que se parecían a la luna que afuera colgaba, con cara y perita. M anotaba en su libreta apuntes para sus clases. Y le contaba a Ifédra desaciertos y puntos de ridiculez que se repetían en las parejas. Como que no se puede parar a conversar, y que cada uno baila lo que quiere, que nadie escucha el compás, que no saben caminar y hacen piruetas, que las mujeres se caen confiando en el abrazo del varón.

Alrededor todo era circo. Pelucas, bailarines de flamenco, abanicos tirando las copas, manteles y luces, taxidancers, soledad. Estaban en la mesa veintiocho, y esperaban a N y otros secuaces. L fue el primero en llegar. A él le gustaba la literatura negra y sabía muchas historias de familias no convencionales. Quiso bailar con Ifédra pero ella dijo que no.

Un hombre en traje oscuro se acercó a la barra y todos salieron en la foto. Ifédra solo se movió de la mesa para ir a fumar. En la vereda buscando la luna, de las sombras de la calle La Rioja apareció la figura de un malevo caminando como en las películas. ¡Al fin! gritaron M y L, y lo abrazaron e hicieron chistes. Volvieron todos a la mesa veintiocho. Comenzó la décima

tanda.

-Comisario de pista había antes de que llegue el rock (1955). Si una pareja ocupaba en su danza más espacio que el que debía, un tipo les tocaba el hombro y les daba un único aviso de que no lo repitan. Al siguiente los echaba.

Hoy caminan por donde quieren le decía N a Ifédra, "es la pista de los calzones, levantan sus piernas se les ve todo". Lo contemporáneo y lo clásico destruyeron el tango salón. Irrumpieron aclaró. Hace cincuenta años (y usó una mano abierta y la otra en círculo para ser más claro) cuando N empezó a bailar, existía el respeto.

L iba y venía, estaba en otra mesa con amigos, y un tipo con actitud Einstein controlaba su baldosa.

¡Hola! dijeron un hombre muy alto sonriente de anteojos y su novia. Eran de Alemania. Se sentaron. Ella se fue enseguida. El tipo trató de hacer bailar a Ifédra, ella dijo que no. Se quedaron tomando vino. Dónde vive él, allá en lo muy lejano, hay campos y motos, milongas y tango dj. Vienen hace veinte años a Argentina, y cuando lo hacen se quedan meses. Se veían muy enamorados. Ila tenía los ojos muy abiertos y dejó el abanico rojo y negro con la mancha japonesa sobre el mantel. Después N, tapándose la cara con él, le contó de los gordos que lo usan, y los que usan pañuelo, y se rieron de las cosas inevitables.

Z como la lady que era, llegó última. Tenía en su cuello una joya invaluable. Y sus ojos tan azules como la fuerza. Dijeron que no necesitaba presentación y posaron para la cámara. Ifédra no tenía idea de quién era, y decidió ir a buscar la historia a otra mesa porque esa ya olía demasiado a terror.

Al ver que todo era una farsa decidió irse. Una psicoanalista arrabalera la alcanzó gentilmente hasta Rivadavia. Ahí espero el ocho, y luego el ochenta y cinco. En la segunda parada observó un policía muy joven que le contestaba a los locos con firmeza y respeto. Primero una mujer sucia le dijo buenas noches, y le arrojó una pregunta filosófica-gastronómica, y se fue toda despeinada y drogada. Después pasó otro y le hizo ole, buenas noches dijo el señor policía joven, el muchacho cruzó y preguntó por unas monedas a otros locos.

El yuta, se acercó a Ifedra que infectaba de vino. Le murmuró unas palabras, ella no entendió y le preguntó -gué?. Qué colectivo esperas repitió agarrándose el cinturón muy serio. ¡El 85! gritó ella. Te espero hasta que lo tomes le dijo. Bueno le dijo ella con miedo tragicómico, tal vez nunca pase. No importa me quedo porque esta esquina, es muy...impredicible interrumpió ella, si dijo él y desenroscó la miseria sin

diván.

Sonrió y le dijo que a la vuelta se estaban fumando un porro, que él se los tendría que llevar pero no puede porque si no los policías mayores lo mean a piñas, o lo mandan al medio de la villa por ortiva, que ya le pasó antes y se rieron de él en su primer traslado, que unos grandotes estaban en la puerta de una primaria fumando unfasogigante y los redujo, y los llevó a la comisaría y cuando llegó se rieron de él, lo penitenciaron, él se puso muy mal, sintió y entendió lo podrido por dentro, no comprendía como ciudadano porqué. Resistió, él no quería contaminarse como el resto de la fuerza, quería proteger las calles, servirle a su familia y a la sociedad, y era casi imposible porque las diferencias entre provincia y la metropolitana... Mondrágara se asomó.

Apareció el 85 y se despidió con lástima por aquel sujeto. Una foto-recuerdo de la plaza de Lamarca, le apareció en la ventanilla del bondi. Hace unos días, una mujer policía aburrida de ir y venir de esquina a esquina, muy buena según las Almanacas, que pasaron de visita por la casa de Ifédra, ayudó cuando un nene de dos años estaba perdido. Decía a Mondragara e Ifédra, que su mamá estaba en la vía atendiendo. Que siempre iba solo a jugar a la plaza. La policía se alertó y buscaron todas a la criatura que se asustó cuando vio el equipo. Caminaron una dra, llegaron a la verdulería. Su mamá y su papá sonrieron indiferentes y siguieron atendiendo.

El nene estaba todo roto, y ellos nunca lo pegaban. Mondragara miró a la mujer policía y todos los genios amarillos que estaban comprando, le decían con la cabeza que no. Que no lo intente, que no se lo lleve, que cuando crezca va a ser un ladrón, un verdulero, o un mantero. Todos de acuerdo en que era inútil proteger al bebé de la plaza.

La mujer policía entendió que Mondragara o Ifédra, se tenían que ir y dejaron la conversación cruzando la calle, y volvió a su aburrido puesto de trabajo siendo buena, como el policía de Rivadavia y Seguro. ¿Siendo buenos?

LOGOFILIA

Balaur la invitó a la terraza porque era verano. Sacó del depósito de su editorial imaginaria un colchón y lo tiró bajo las estrellas. El viento los trataba bien, estaban relajados por las flores con las piernas levantadas hacia un tanque de cemento que parecía estar lleno de mercurio. Y las

voces de los vecinos era clavos en los rayos y en el deshielo.

Él nunca se dio cuenta de cuántas hembras besó en la misma caja mezclado con coser. Nadie podría decir cuál estuvo esa noche en la hamaca. Ni los satélites ni los drones de capital lo saben, ni la luna que colgaba sobre sus frentes como una pelota blanca y les daba la sensación de flote espacial a ojos cerrados. Ni las chicharras que pensaban que eran pájaros, y eran insectos aumentando la psicosis literaria.

Toda la historia esta vez se enfocó o se trató de una jaula que adentro tenía una lámpara. Jaulas en los árboles no. El amor está en el árbol no en la jaula no. Las lámparas quemadas plantadas en balcones no. Las llaves holográficas flotando sobre lámparas no. Una luz enjaulada. Una puñalada para los Asomantes. Una duda que hace ruidos que duelen, que acaba adentro. Una trampa.

Una jaula blanca que adentro tenía una luz apagada. Un hombre dragón que habla de Tesla, una vampira que mira adentro de un abismo y este mira adentro de sus ideas. Un beso con sangre, mitad animal mitad cuento, mitad carne palabra.

Lúpulo en la lengua, Goya. Dendrofilia y silencio. Cementerio, dormitorio.

Mundo. Número nocturno. Ubuntu. Invento. Terror de no poder decir. ronunciar sin luz. Todo tiene un nombre, o un símbolo que se manifiesta en el sueño.

SOMBRAS CORRIENDO

En Chacarita se hablaba de psicomagia, de uranofobia y del origen del aplauso.

Enfermedades metafóricas sociales chorreaban de la mesa del bar de Lacroze.

Dos botellas de vino y un perro gigante babeando eran suficientes para que la camarera pierda el control de su bandeja.

Un revolver se cargaba y disparaba al aire poemas de engranajes y salidas exageradas. Una vitrola de plástico llena de tierra en el mismo rincón que el gato de Schrödinger. Ocho guitarras. Cuadros en fila. Lutheria. Café de cápsula. Un balde para vomitar con agua.

Cuando Mondrágara se convirtió en Dios algo dentro de ella murió por mil pesos.

PRIMER FIN

Mi maestra y guía de los sueños muere en la misma semana que la suya. En un moebius puedo ver mi propia muerte, y a L caprichosa llamándome al sol mientras duermo.

Estuve sentada en un sillón gigante al lado de una vitrola, tratando de entender letra a letra sus consignas y argumentos para algún día aprender a escribir. Y la recuerdo acercándose a mí, despacito, como una sombra agachada que me dice algo prohibido. Y mi corazón, como un perro negro después de mucho tiempo sin tomar agua, recibe la devolución de jaulas en los árboles.

Temblando le dije gracias, y ella me pidió que salte a la tercera.

Me agradeció por confiar.

Lo que ella me enseñó fue a escucharme, repartiéndome y respetándome.

Identidad y nudo. Incluso sentí con los símbolos de sus manos la iluminación y evolución literaria, los juegos, el extrañamiento y la voz.

Después nos fuimos a un café y usé su teléfono para reenviarme la idea escrita del salto: Mi querida Úrsula, (así te llamo porque así te leí) me emocioné mucho leyendo tus textos. ¡Me recordaron mi música, mis lecturas amadas, mis riesgos y mis búsquedas! Hay algo tremendo y fuerte en tu escritura. Me trajo a la memoria a Henry Miller en esa explosión ciudad y poesía. ¡Enhorabuena! Tal vez, y solo si te interesa abrir tu narrativa, tu gran desafío pasa por "distanciarte" un poco, y buscar la posibilidad de escribir, y escribirte, en otros personajes, en otros conflictos. Hay una primera persona maravillosa pero compleja para sostener en una obra vasta. Te abrazo con emoción y con alegría, L.

Y nos despedimos porque se me hacía tarde.

Suena Charles Mingus, es el 6 de febrero del 2018 en Floresta.

Desde los sueños, donde todo vale y nada se derrumba, de la manera más dulce, atesoro su último mensaje: "Somos de fuego y misterio".

PLAZA IRLANDA

En ese lugar, antes, había una parrilla. Me lo contó Raffo la otra noche que vino con su mujer a tomar una Porter y la caipistrong. También lo supe por otros clientes que asombrados por las luces y la bienvenida del Dr Brown entraron a probar la carta.

De vez en cuando se cae la puerta del baño y rompe el ventanal que da al patio de las flores, o se queda una mina encerrada en el laboratorio con Biff Tanen. El depósito queda subiendo la escalera. La parte de arriba del bar es más tenebrosa, aunque ahí no llegan los predicadores del festival rojo sangre, sentís las fuerzas invisibles actuar igual. Siempre se quema el foco y tenemos que subir con la linterna del espejo para encontrar suministros. Una vez estaba buscando tapitas de dips, y estaba segura de que iba a aparecer un pelado vestido de blanco a los ritos, todomal, y me fui corriendo. Yo tuve pesadillas en ritos de iniciación sin las sirenas en el lavabo de Leopoldo, y hasta parálisis del sueño dentro de uno desde que pisé Caballito.

La cosa es que ahí antes había una parrilla, y algunos vecinos de la Plaza Irlanda de vez en cuando entraban a comer. Entre ellos Rodo y Enrique que seguro se pedían alguna cosa que no estaba en la carta. Tal vez hablaban de muerte y se cargaba la psicósfera del negocio para futuros artistas.

Un día me avisaron que buscaban camareras y fui. No tenía ganas de trabajar así que en la entrevista no hable mucho. Recuerdo que tenía medias negras y a los socios les gustaba mi apellido.

Birra en mano unos enamorados me contaron que en una iglesia de Devoto se estaba filmando una película de terror, se lo conté a mi musa y se puso a enterrar muñecas y libros. Una mujer muy vieja con tonsura y túnica negra se acercaba flotando con una cruz extraña. La llave de luz estaba muy lejos y no podía moverme. Otra vieja cerca de la terminal trato de asfixiarme. Me atacó por atrás como aquella virgen de la pesadilla cuando tenía cuatro años. Pero esta señora a diferencia de la fría estatua de San Cayetano lloraba sangre, y cuando me robo la voz, se justificó diciendo que tenía la edad de un tipo en las entrañas.

Vi una lampara queriendo desenterrarse de mi balcón y sirenas durmiendo, mientras lloraban vino. Vi un judío doblando una esquina a toda velocidad con un ramo de flores en la mano. Escuche pasar a Geranio Calambre mientras sonaba "Uno" en la biblioteca Ascasubi. Vi dos judíos tomando cerveza en vasos descartables en la estación de servicio.

Menores irse sin pagar. Primeras citas.

Al lado del bar hay un antiguo hotel. En la puerta la vieja de la tonsura se sienta en un escalón a ver pasar el negro que trabaja en la esquina del mundo de arriba.

Él parece un rapero famoso y hay más cosas todavía, recuerdo la primera vez que me miró. Recuerdo haber caído dentro de sus ojos como un oráculo. En la parada del 106 hay un hospital parecido a una manzana de humo ¿qué Asomantes habitaran en él a las dos de la mañana? ¿por qué abandonar un espíritu arma uerumque cano?

Naja Mosambica

Por la izquierda luego de una larga espera el 106, por la derecha terminando de cruzar Gaona, Sun Ra. Fue fácil. Se fue el 106 mientras nos abrazábamos. Nació en Salvador Bahía. Lo vi por primera vez mientras esperaba que me entrevistaran los dueños del bar. Yo estaba parada en el asfalto al sol, y él pasó por la sombra de la vereda sin dejar de mirarme. Juzgué con saliva y luz, me miré las piernas sin querer. Tenemos muchas cosas en común salvo la edad. Como un jarro vacío, el viento no me entra. Tenemos un hogar en la esquina de Avellaneda y otra, un refugio para contar anécdotas y esquivar a Hulk, vernos en rojo y acabar. Humano dibujable, pantera de mora. Animal mutante, Soul, ojos abismales de Nilo. Me gusta más que fumar. El enlace de moléculas fantasmas ya está armado y la primavera vampiro, y el megalodón.

Fue mi jefe el que me convenció de hablar con él. Yo no quería. Entonces me mandó con una mostaza relish a la esquina, porque el que compró la hamburguesa no recibió su aderezo. Yo confesé. Pocas noches después estábamos en un pool con el maestro. Esa noche supe del calor de sus manos, de su acuario mulato, de alucinógenos en imágenes dialécticas, Into the wild, todo más, qué cheto. ¡Lo sé! Embrujador me mostró sus dientes de azúcar y fabela. Lo amé cuando lo escuché en el fondo del río. Me iluminaba y escoltaba el fuego de la acción, pistolas y niños justos, longboard y flores. Su amor es, era como el opio. En la fiesta de funk bailamos como en escolleras. Corrimos de la tormenta de hielo sacándole el cuero a los perros de la iglesia. Y la última vez que lo vi, él dormía. Me fui sin despedirme luego de notar que el aire entre las palabras y el silencio se congeló, y no me refiero al tiempo exactamente.

La niña transa

Estábamos en la esquina del bancario y paso el tiburón con la bebé, venía de dejar un veinti y el negro estaba armando. Irlanda estaba cerrada, teníamos un café gigante amargo y el viento, cuando nos besábamos, nos transformaba a nosotros y nuestro radio en animé.

Pasó algo muy malo. Una especie de documental biológico en la guardia del Álvarez se puso a batir la justa. La bebé transa me miraba con su moño blanco, y yo no podía hacerle upa. os gastamos toda la plata en hoteles. Sembramos groove en la luna de los ojos civilizados, éramos el centauro, la barbarie amazónica en bits químicos, nubes rosas de hormonas y purpurina, sangre en la tierra que pisamos, animales mutando, frutas de carne, silencio, humor, armonía y magnetismo. En los sueños pudimos encontrarnos.

En reposeras esperando que pase el tren, eran las dos de la mañana en la ruta, y sobre la mesa había liyos y otros seres armaban. Las estrellas empurpuraban su cuello y mis manos.

Llegué a la casa colonial de aquel pueblo, parecía un limón viejo su estructura.

Me recibieron y sonó el timbre. Novomundistas me avisaban que él había llegado también. Me asomé por el portal y estaba sonriéndome, parado junto a una camioneta de mercurio. Su amor siempre me dejó de cara. Siempre que lo beso bordeo el océano a oscuras. Todo dentro de sus besos sin luz me transporta al ruido de las olas, aunque la avenida nos escolte, o la plaza esté ardiendo.

Homero y la luna en Donato y Gaona

Cruz en el cielo cruzando Gaona y Donato Álvarez. La luna llena de ideas de aburrimiento, la risa, Cronos y la miseria de la ciudad rotando. El corte de luz luego de decirle que en los días venideros iba a convertirme en Jean Grey. Y una vez más cruzando por la misma esquina el auto de los años treinta, mientras sosteníamos a un niño maniquí llamado llaves por las cerraduras de sus laterales.

Las estrellas de netflixsutra en un codo sin escollera y el hombre trenzando mi pelo, mientras me desmaterializaba en planetas vagabundos que estallaban.

Y una vez más, con el tango entrando a la estación de servicio donde anoche nos encontramos para ir a tomar una cerveza. Al filo de perfumes de algodón y picantes, gritos en fotos y tantas caras viejas que cerró el bar. Y luego la despedida en la comisaria. Y Ogum poniendo palabras peligrosas en los labios, y la avenida rugiendo las llantas de nuestros corazones en rito.

Y la sangre, la herencia, la ley todos desde el coliseo. A nadie le importa. No debería de importarle a nadie. Nuestras pupilas se dilatan sin mecha.

Resplandecemos, tumbamos las ondas que sobran, nos buscamos puntos débiles para unirlos y cuidarlos, para tejer en documentales, teorías, o para mirar un atardecer separados y saber que en la carne del otro está la selva que nos devora. asta los huesos, como una amazona, con o sin porqué, yo lo sigo, lo respeto, lo invento, lo maldigo. Rey Sun Ra, yo te, no me importa si se termina mañana este chocolate.

Vos sabrás

Romance del diablo sonó después de Borges, y el cielo clareaba. Nuestras manos todavía sucias del hotel se batían zangbetos. Él me mandaba a estudiar. Yo le decía en su pecho que estaba enamorada, y entonces me preguntaba si podía repetirlo. Mi corazón en los llanos de Gallegos galopaba tan fuerte que no había duelo y cada beso era un vaso de agua. Entre el café y Jah nos mirábamos ennegreciendo el lenguaje. Y el postmodernismo arribó en la sabanah de nuestro gueto.

Supe que era tarde, que, aunque siempre estemos mirando un abismo éste nunca mira dentro nuestro. Y que quería como La Lujanera abrazarlo como para siempre. Después llegaron las horas del mediodía y repetimos el viaje. Intenté curvas imperiales para escuchar el rugido, y un lento esplendor del infierno alcanzó nuestra hazaña. Su cuello era tan ancho que en él podría hamacarme con un libro de Schopenhauer, y luego volver a La Tierra con plumas y lanzas. Hay un lunar en su ojo derecho que parece marearme, y en su cuello, dos nebulosas sagradas que me mandaron al fuego.

Todo empezó el último día de invierno. Y al otro día sabía convencida, que la primera vez que su mano se arrió a mi cuerpo recuperé la lucidez de la trama.

Esfinge en la sombra, luz mala. Agradezco tu nombre. Suelto tu mantra.

Bienvenido a mi lado impuro.

Treintay1

Faltando veinticinco minutos para que suceda algo terrible, le prestaré un brazo tintero al doppelganger que quiera hablar.

Habían preparado el zangbeto y las piedras aumentaban la ansiedad del público de la Plaza Irlanda. Los mosquitos y los masturbadores se hacían mejores. En las piernas de una mujer al borde de un abismo sin nadie que la empuje, la novela de la tierra. Por supuesto que los dragonfly´s con el ego merqueado no la dejarían tranquila. El negro le dio la espalda, y los gedes solitarios amenazaron su café con el discurso de la cancha. Entonces tiró la escoba y le dijo al enano: no limpio una mierda, y como una bala hacia la cocina se dirigió. Entonces la echaron.

Caminó, o flotó, no sé, por Gaona muchas cuadras. Y supo que sus treinta años de primaveras sin sanwich le ajustaban la usura. Y esa tarde estaba nublado, y llovió con relámpagos durante muchos días. (Quedan dieciseis minutos) La cosa es que abandonó la plaza para siempre. Ya no más relámpagos de iglesia ni salidas a la madrugada con el diablo puesto. Y una semana después terminaron los ancestros los ícaros. La mujer fue a rendir y luego escribió la monografía de Lázaro. Y los espíritus se quedaron callados en el antiguo hotel y los ladrones del hospital bancario la bloquearon del whatsapp. Todo el misterio se disolvió como las nubes de noviembre. (ocho minutos) Deseo reptiliar. Escribir tanto que no tenga que salir de mi ataúd. Mirar las estrellas y que me miren. No juzgar. Amor sí. Perdonar. Alejarme de Buenos Aires tal vez. Independencia. Música. Multihabilidades narrativas. Renovar el lenguaje, soñar con Barthes y besarlo. Deseo que la plaza se hunda en el infierno, no volver a ir a Caballito de nadie. Despabilarme de muertos. Ahorcar la musa en una cena de malevos y acomodarme la faca ¿Vencer? Ahora si es la hora.

Cumpliría en este momento treintayun años.

Cadáver en Remember

Rodo programaba la fonola. Horacio me traía una botellita de Alaris. Un

borracho cantaba en la barra "Malevaje".

La muerte pasa con menos urgencia que yo como un guante de plumas negras.

Una jaula sin pájaro, una flecha ciega y un zócano del que florecen sillones de Geranio. Puñal, estorbo de libros viejos. Ceniza teatral, vino y trenzas. Y ahí la , era ella, volví sin poder llegar. Era ella, sin nombre. Me enseñó a rezar a sus dioses, desde hoy nos une otro secreto.

Me escupe vino en la cara un pibe encarcelado. Sus ojos me dan sed, hambre, y el impulso de volar con alas de trompeta. Y el enjambre en la fonola despegando sus medias negras de tinta y juramento. Mi memoria le propone una fuga sin regreso. Una fuga de zanjas y pastizales y arroyos. Una fuga como la bala que se aloja en mi última herida. Revólver marfil por favor, túnel, luz, relámpago.

Busco el cuadro que pintó con sus venas eléctricas. Se me parte el corazón en un minuterero que sentado en la barra me choca Fantasy. "Nunca hay nadie a mi alrededor" la soledad es un bastón que me hace más rengo. Un tipo nos da su puño, ¿aliado o enemigo? mañana en el Abasto. El camino es de azulejos blancos cuando da el sol para llegar al rey ciegos, entonces el barro, entonces la miseria y el tango. Aquí nos salva el escondrijo de los Asomantes. Afuera llueve. Adentro hay sol. Con una sonrisa busco la señal para invitarla a entrar al pecado. Menerva. Budapeste. Urmania.